

Plas = 450 =

Propiedad de

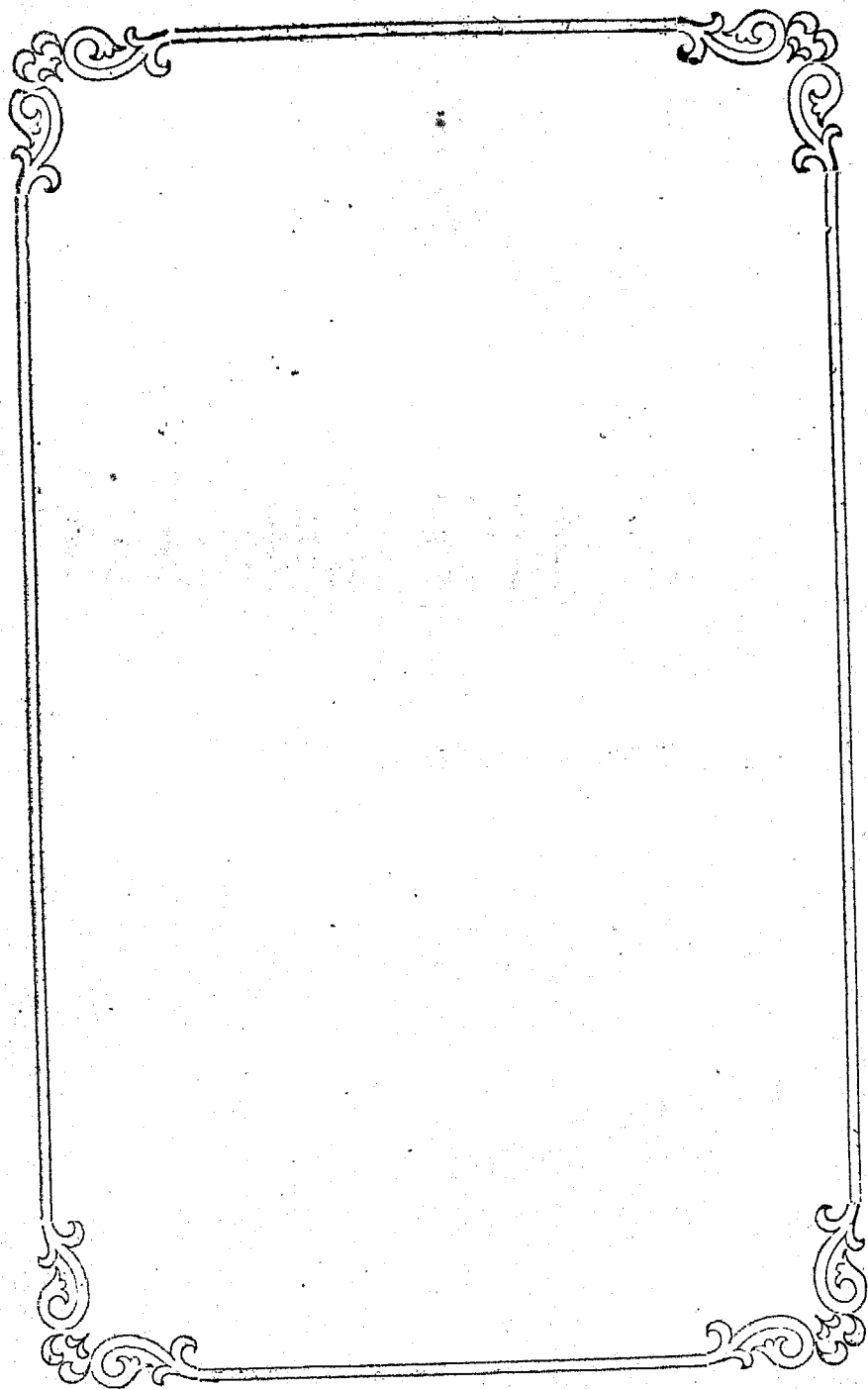
Salvador

LA LIRA CRISTIANA.

¡Viva el Rey.!

¡Viva España.!

— Milaga (España) —





LA LIRA CRISTIANA.

POESIAS

de la

SEÑORA DOÑA ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Académica Profesora

DE LA DE

Ciencias y Literatura de Granada,

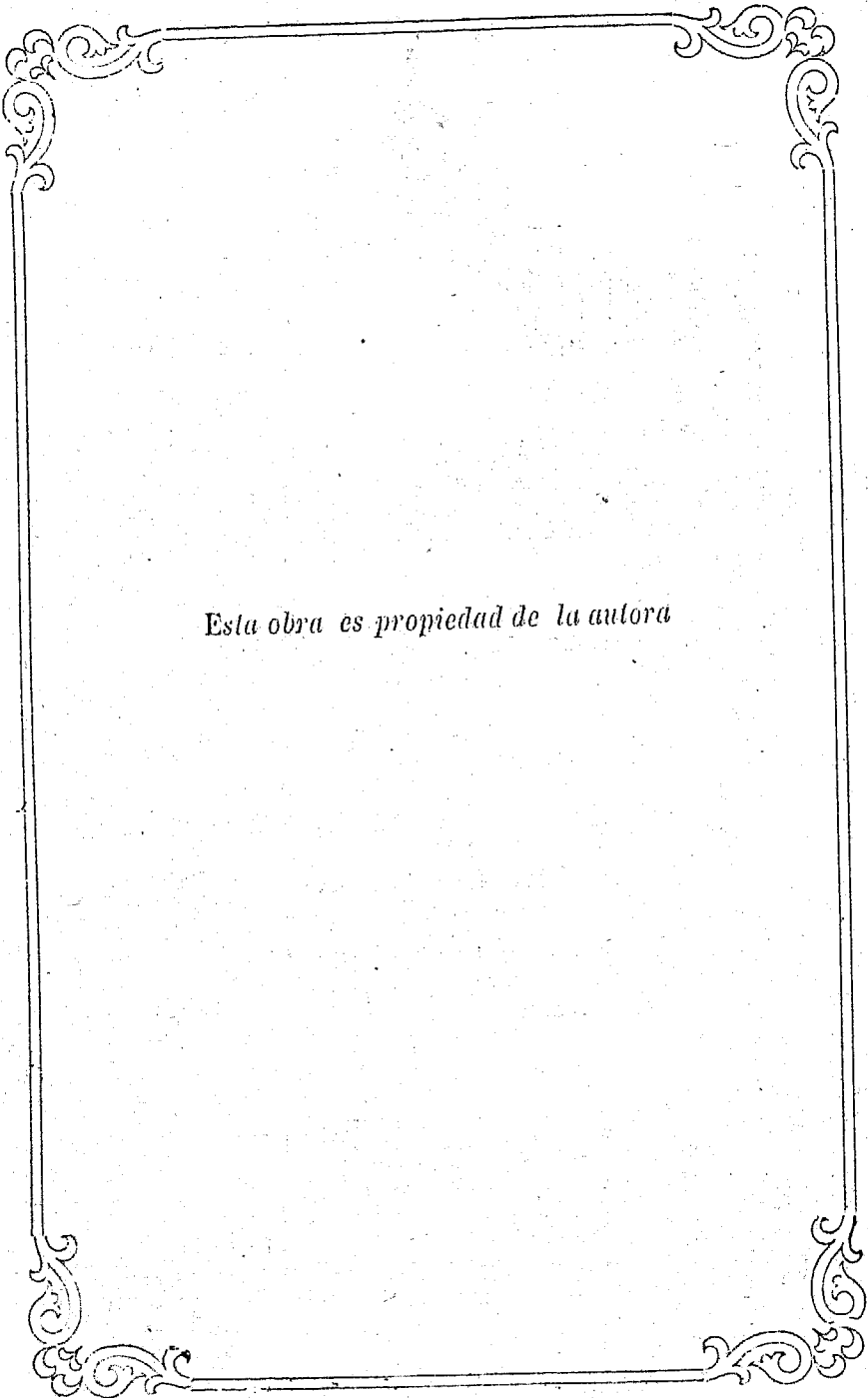
y Sôcia de mérito

DEL LICEO DE LA MISMA.

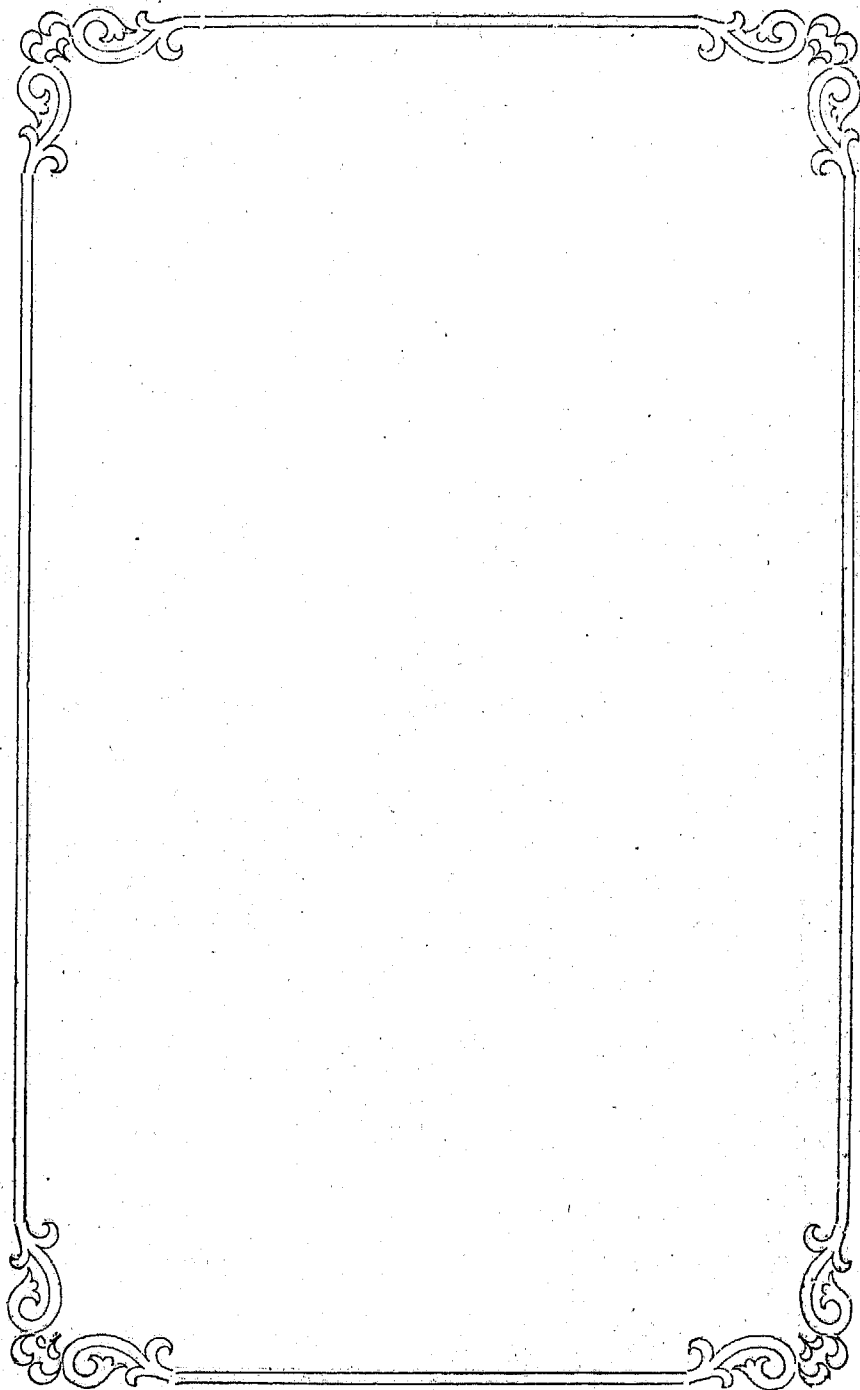
Segunda edicion.

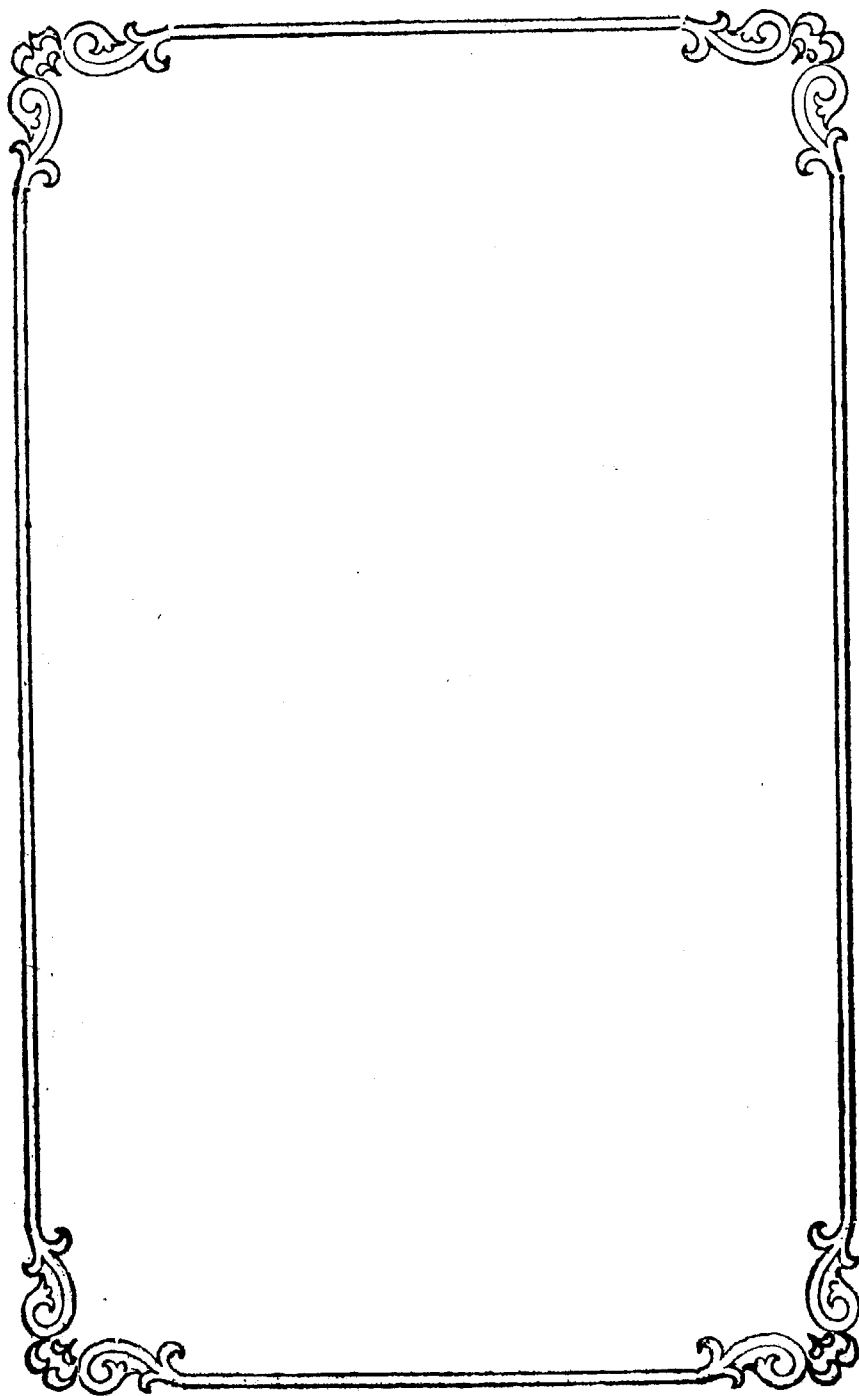
GRANADA:—1857

Imprenta de Zamora



Esta obra es propiedad de la autora







Ginés Noguera

Enriqueta Lozano de Vilches
II

CENSURA.

En cumplimiento del respetable decreto de V. E. I., he revisado el tomo de poesias religiosas de la Señora Doña Enriqueta Lozano de Vilchez, á que alude, en el cual no solo no he hallado cosa alguna contraria á la doctrina y moral de nuestra santa Madre la Iglesia Católica, y leyes del Reino, sino por el contrario he sentido la mayor complacencia al leer los frecuentes rasgos, en que abunda de ardiente fé, acendrada piedad, y fervorosa devocion: por lo cual juzgo muy conveniente permita V. E. I. su impresion y circulacion, como medio poderoso para reanimar los sentimientos piadosos del pueblo español, y como antidoto eficaz para preserbar á la fogosa juventud del contagio de la incredulidad, ofreciendole con el suave aroma de tan bellas poesias, un entretenimiento igualmente útil que agradable.

Tal es, Excmo. é Illmo. Señor, mi humilde dictámen. V. E. sin embargo decretará como siempre lo que sea mas justo y conveniente.

Granada 17 de Enero de 1857.

Excmo. é Illmo. Señor.
Antonio Maria Brito.

APROBACION.

Granada 17 de Enero de 1857.

En vista de la anterior censura, concedemos con placer

nuestra licencia para la impresion que se solicita en esta exposicion.—Lo decretó y firma S. E. I. el Arzobispo mi Señor de que certifico.

El Arzobispo.

Dr. Victoriano Caro.
Canónigo Secretario.

Prólogo.

En medio de la gran variedad de cosas y de escritos que tan dolorosamente lastiman el alma en los míseros tiempos que alcanzamos, es sobremanera grato y consolador hallar, ora en las escenas de la vida real, ora en las regiones del pensamiento, algun objeto que vivamente interese el ánimo con su augusto carácter y le llame á sí con el reclamo del amor, para inundarlo de gozo y de ternura. Y si este objeto se ofrece ante los ojos, revestido de formas bellas, asociado á imágenes grandiosas ó suaves, y á dulces sentimientos de piedad, cubierto en suma con el magnífico ropage de la poesía, su natural belleza percibida al través de este medio, llega y penetra hasta la region mas escondida y pura del espíritu y con el mas íntimo de los placeres le hace gozar de los afectos que inspira cuanto resplandece en cielos y tierra con el fulgor de la hermosura. Ahora ¿qué objeto hay de todos los que el hombre vé y conoce, que pueda compararse en lo bello y sublime con aquel á quien de-

dica sus cantos la lira Cristiana? ¡Ah! la religion es una fuente inagotable de bellezas; ella sola poseé en el órden moral, mil veces mas encumbrado que el órden fisico, aquellos tipos soberanos de perfeccion, que tan admirablemente se armonizan con nuestro organismo espiritual, pues el alma creada para el cielo, de tal manera corresponde á todo lo que es celeste y divino, que basta ofrecérselo, aun bajo la forma mas sencilla, para que sienta estremecerse sus mas delicadas cuerdas con el movimiento de la alegria y del amor. El alma, decia un escritor que la tenia de fuego, es naturalmente cristiana: fuera del cristianismo no hay verdad ni salud, ni belleza espiritual. Así que cuando el génio de nuestra época, apartado desgraciadamente en muchos de este manantial purísimo, fué á buscar sus inspiraciones en otras fuentes, su fuerza decayó, plegáronse sus alas, y arrastrado por el lodo de las pasiones humanas y de los placeres carnales dio y sigue todavia dando al mundo el espectáculo repugnante de una literatura falsa y corrompida, cuyas producciones, hijas de un cierto materialismo de imaginacion, sirven tan solo para pervertir los ánimos sencillos, propensos siempre á deleitarse con las cosas é imágenes sensibles, y para alimentar los yá pervertidos, ofreciéndoles como en un espejo, la miseria própia.

No así las que tenemos delante de los ojos: Dotada de imaginacion viva y fértil, de corazon tier-

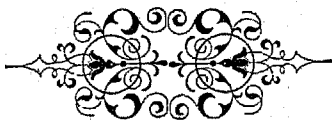
no, y sobre todo de fé enmedio del esceptisimo que seca tantas inteligencias, nuestra Poetisa se complace en todo lo que es bello, puro y santo; gusta de la inocencia del niño, de la ternura de la madre, del candor y pureza de la vírgen; asiste conmovida al espectáculo de la desgracia, mirándola al través de la esperanza cristiana, que consuela al triste con la perspectiva de una corona celeste; admira el sacrificio y heroica abnegacion de la hermana de la caridad, tipo de perfeccion sobre humana; se entusiasma al oir el eco dulcísimo para los corazones cristianos de la voz infalible que declara la pureza original de la Santísima Virgen Maria; cae prosternada delante del cordero sin mancha, que en afrentoso suplicio se ofrece á su eterno padre por los pecados del mundo; y movida de amoroso asombro, le dirige inspirada estas palabras:

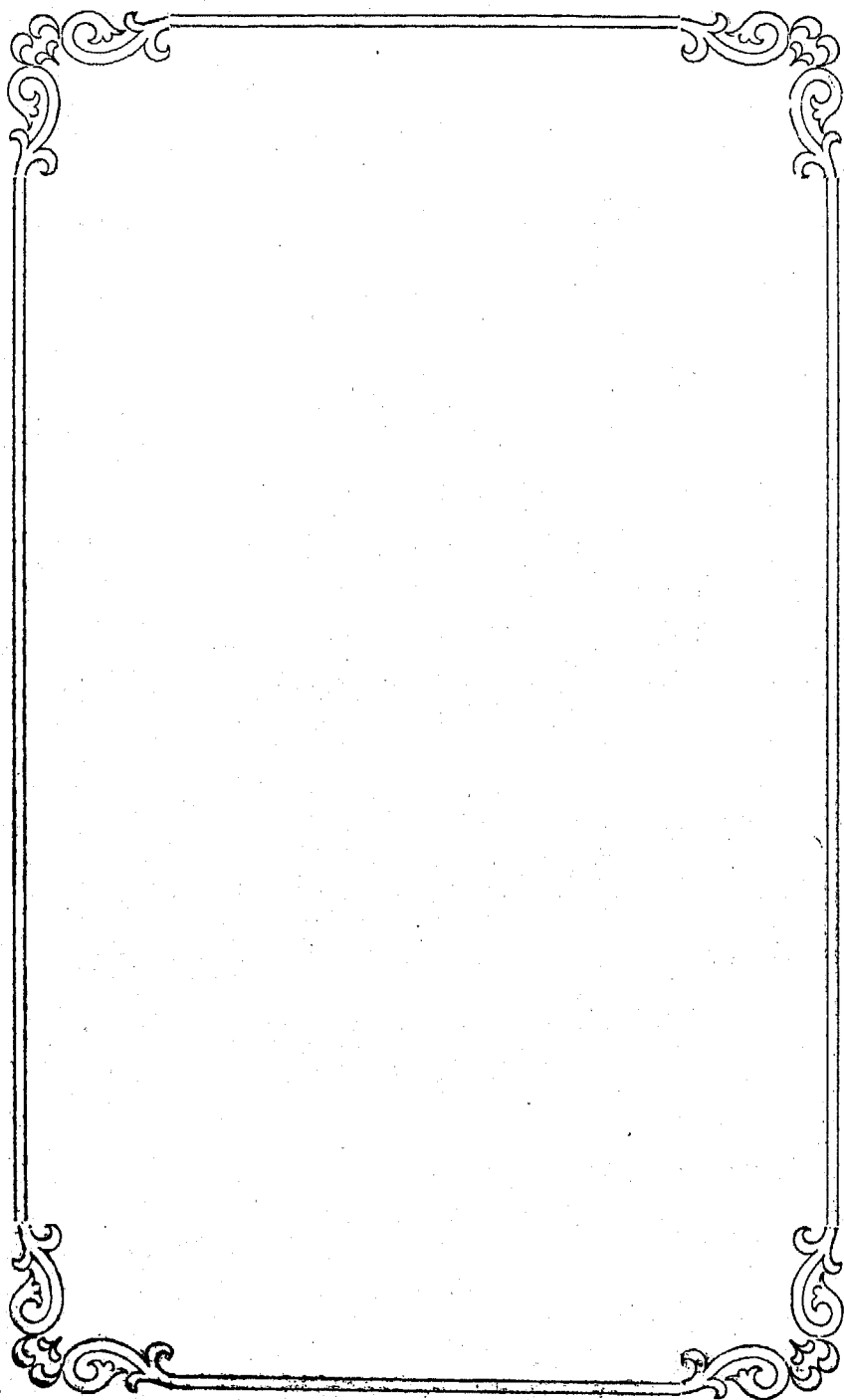
¡Tú en una cruz Dios mio!

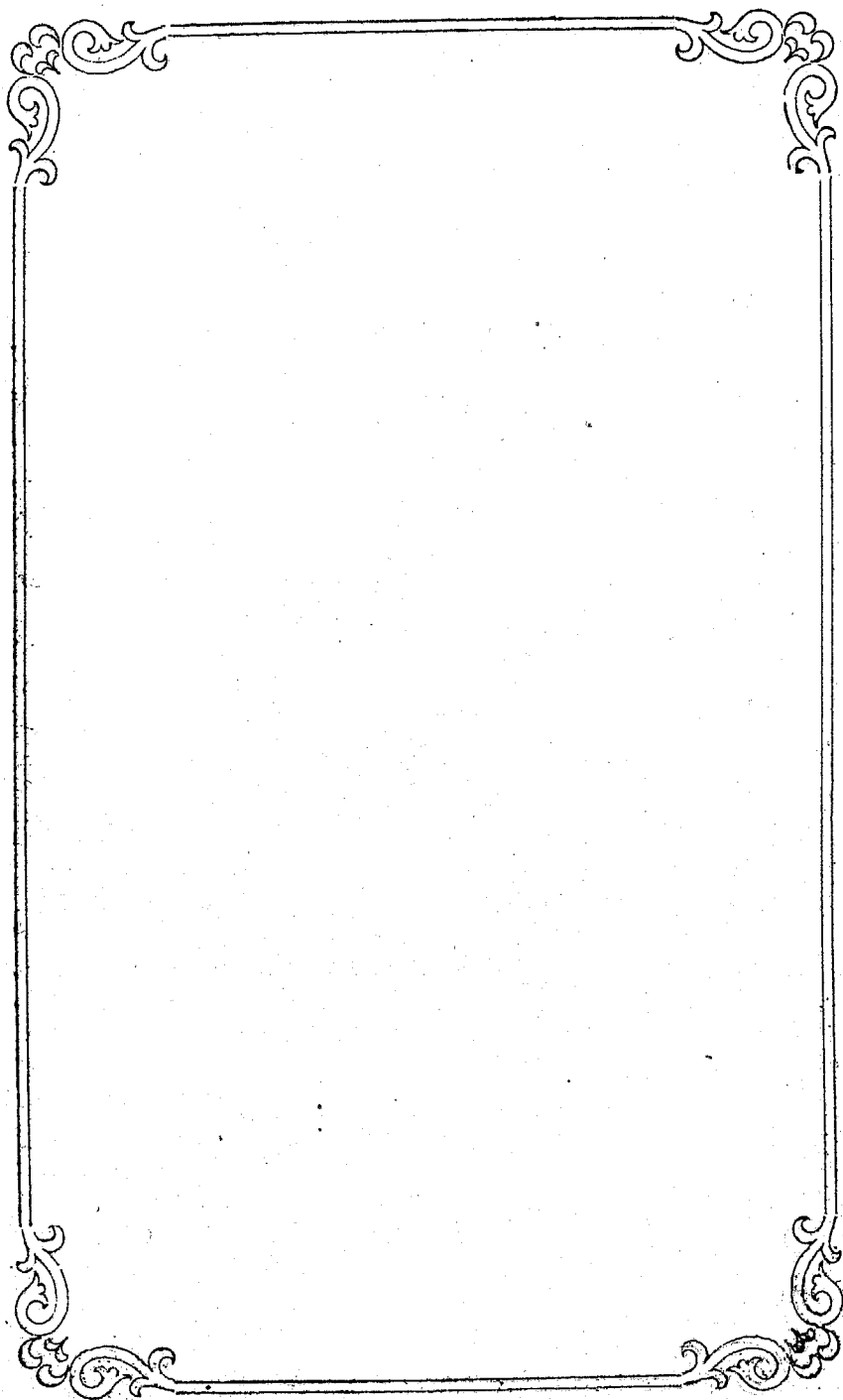
Palabras que por su sencillez y por la magnificencia del contraste que ofrecen, representan el sublime en su mas alta forma. Decir ahora como ha espresado nuestra amiga tales afectos, con qué colores ha adornado tan sagrados asuntos, qué armonías han brotado de su mente al buscar para sus delicados pensamientos un cuerpo que los refleje con el número y ritmo de la poesía, es cosa que debemos de omitir; que no es lícito nunca ni tocar siquiera, por temor de ofenderla,

una de las virtudes mas bellas de la vida, y que mas realzan el mérito de la humilde y modesta jóven, que tan deliciosamente hace resonar las cuerdas de *La lira Cristiana*; fuera de que el discreto lector sabrá apreciar mejor que quien escribe estas líneas, las bellezas de esta produccion literaria.

Juan Manuel Orti.







DEDICATORIA.

Virgen madre de Dios y madre mia,
pura, impecable, celestial, sin mancha,
violeta de Salem, rosa del cielo,
bella azucena cual la nieve blanca,
gérmen puro del gérmen de las flores,
del desierto arenal esbelta palma;
consuelo del que sufre, estrella hermosa
del santo amor y la divina gracia:
muy débil es mi voz para que pueda
ensalzar tu grandeza soberana;
mas Tú, Señora, cuyos claros ojos
leen el corazon con su mirada;
Tú, que llenas el cielo de alegría,
Tú, que inundas la tierra de esperanza,
Tú, cuyo amor de salvacion es prenda;
Tú, cuya imájen la salud derrama,
Tú, cuyo dulce nombre aprende el niño
entre los besos de su madre amada,

y el moribundo anciano lo repite
cuando la luz de su existir se apaga:
Tú, que has sido en la noche de mi vida
de consuelo y de amor ardiente llama,
verás que no es un canto el que te ofrezco
si no un suspiro amante de mi alma.
Recíbelo, Señora; no repares
en tu esplendor y mi pobreza humana,
que del amor del corazón nacido,
fiel mensajero de mi fé probada,
ese lamento del dolor cristiano
llega hasta Tí del corazón en alas.
Recíbelo, Señora..... ¡madre mía!
con tan sagrado título escudada
¿no deberé esperar que afable y dulce
escuches y recibas mis plegarias?
Sí, amor mío; lo harás, por que Tu eres
quien siempre tierna mi pesar aplacas,
y embelleces las horas de mi vida
con tu ternura celestial y casta,
y es tuyo mi cariño y mi existencia,
y tuyos son los ecos de mi alma.

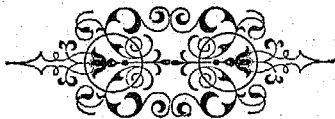


INTRODUCCION.

Borra, Señor, de mi abrasada frente
los profános é inquietos pensamientos;
borra de mi memoria
las ilusiones de pasión ardiente,
los dulces sueños de anhelada gloria:
dulcifica mis débiles acentos,
mi rudo canto inspira,
y haz que solo en mis manos
de tu gloria inmortal vibre la lira.
Cual un tiempo los lábios del profeta,
purifica mi lábio,
porque tu nombre, sin hacerle agravio,
mi voz estienda por la tierra inquieta.
Dios solo es la verdad, la fortaleza,
Dios solo es la esperanza:
en el se encuentra el bien, y á su voz brilla

la luz de la divina confianza.
¡Dios solo es la verdad! Delirios vanos
que invoca ciego en su locura el hombre,
oropeles mundanos,
pasiones, vanidades de la vida,
¿qué sois vosotras? polvo deleznable,
felicidad mentida,
que el soplo del Eterno
hará volar en humo convertida.
Señor, mi pensamiento
vagó un instante por el ancho mundo,
buscando un sentimiento
que á llenar alcanzase de mi alma
el vacío profundo:
el sol de mi risueña primavera
se alzaba rico en luz, brillo y colores,
alumbraba radiante
estensos campos de inmarchitas flores;
grato perfume en derredor vertian,
y eran todas tan bellas,
que al mirar que sus galas me ofrecian,
latiendo el corazon corrí tras ellas;
mas al ir á tocarlas, una á una
las flores de la vida se agostaron,
llevó el viento sus ojas,
y en el alma tan solo
las punzantes espinas me quedaron.
Al ver en torno mio
enlutada la luz, árido el suelo,
á través de mi llanto
por un instinto misterioso y santo
alzé los ojos con afán al cielo;
allí miré tu nombre
con estrellas clarísimas escrito,

y deslumbrada con su luz brillante
esclamé con anhelo;
el Dios omnipotente,
el Dios santo, infinito,
cuya mano divina à todo alcanza,
el Dios de tierra y cielo,
es la sola verdad, es la esperanza.
Héme aquí pues, Señor; sobre mi frente
fija Tú la mirada,
y de su afán y su delirio ardiente
sea purificada:
rota la lira del cantar mundano,
separada por siempre la memoria,
de su encanto mezquino,
llego á tus piés, Señor de los Señores;
pon en mi corazón tu amor divino,
y en mi trémula mano,
las harpas de tus glorias inmortales
los ecos de tu nombre soberano.



INSPIRACION.

¿Qué siniestro rumor desconocido
de los hijos del Cid y Recaredo,
llega á espirar de España en el oído,
y hace temblar en sus heladas tumbas
al potente y Católico Fernando,
que al árabe feroz impuso miedo,
y á la grande Isabel, noble matrona,
gloria y orgullo del cristiano bando?
¿qué huracan destructor furioso agita
con ímpetu y espanto
el estándarte de la cruz bendita,
brillante enseña que se alzó gloriosa
ya sobre el ancho golfo de Lepanto
ya en las sangrientas Navas de Tolosa,
¿Quién los cimientos de la fé sagrada,
donde el pueblo español funda su gloria,

pretende estremecer con mano osada,
é intenta en su locura
sumerjirle en un caos
de anarquía y de horror y de amargura?
¡Oh! ya lo sé; ponzoña destructora
que en el hermoso suelo de mi pátria
vierte funesto su veneno ahora;
que el mal doquier derrama,
por que el infierno lo abortó en su ira;
que protege la impúdica mentira
y que ateísmo é impiedad se llama.
Mas ¡oh! la luz de la verdad divina
muestra su lumbré en el azul del cielo;
el confín Español pura ilumina,
y de sus nobles hijos
enciende mas el religioso celo.
Vedlo, sí; de sus inclitos varones
en las manos, glorioso el estandarte
de la verdad ondea;
doquier levantan su robusto acento,
que en esta lucha infausta,
se combate la idea con la idea:
no es el arma la espada,
eslo si el generoso pensamiento
defendiendo animoso
su creencia purísima y sagrada:
Eslo sí el corazón, que la existencia,
doquiera mira, de su Dios comprende;
comprende su infinita omnipotencia
y su santa clemencia
que al bien del hombre sin cesar atiende.
Eslo sí el corazón, que en cada gota
del agua que murmura,
en cada dulce y solitaria nota

que entona el ruiseñor en la espesura,
en cada grano de menuda arena,
en cada flor preciosa
de brillante frescura
y de matices y perfumes llena,
en cada estrella que su luz ostenta
pura en el infinito,
en cuanto el mundo cuenta
y á su anhelante vista se presenta
el nombre de su Dios contempla escrito:
¡El nombre de su Dios.....! Venid, ateos,
y arracad ese signo soberano
escrito con la sangre de sus padres
en el alma ferviente del cristiano.
Venid, venid, los que de Dios dudais,
y si por un instante
legarnos vuestras dudas anhelais,
formad á nuestra vista
con el solo poder de vuestro acento
el mas pequeño objeto que mirais,
y entre desden é indiferencia tanta,
mientras al Dios que le formó insultais,
vá hollando con desprecio vuestra planta.
Dad á esas aves que los aires hienden
la dulce voz con que el espacio llenan;
dadles las firmes y ligeras alas
que las sostiene en la estension vacía;
dadle su luz al día,
dadle, dadle á los campos fruto y galas;
sujetad un momento
con vuestra torpe mano,
cuando os azota el rostro con su empuje
el huracan violento:
detened esa lluvia destrenzada

que el prado fertiliza,
ó dejad, cuando cruza el ancho espacio,
el rayo abrasador hecho ceniza.
Venid, venid, ateos,
y si es tal vuestro inmenso poderío
que hasta lo mas sagrado os atreveis,
yo os probaré lo poco que valeis
cuando con una flôr, con un insecto
á imitar á mi Dios os desafío.
¡A imitar á mi Dios! ¡oh! de rodillas,
necios reptiles que insultais su nombre,
y del error funesto las semillas
sembrar quisisteis en lo mas sagrado
del corazon del hombre.
De rodillas, impíos; y si acaso
de la España Católica por mengua
sonase vuestra voz en sus dominios,
empezad lo primero
purificando vuestra torpe lengua.
De rodillas, impíos; hasta el polvo
hundid ahora vuestra impura frente:
yo aunque frágil mujer hoy os lo ordeno
en el nombre del Dios omnipotente.
Venid, y si aun dudais, si por acaso
vuestra terrible ceguedad es tanta
que mi débil acento despreciais,
yo verteré mi llanto por vosotros
ante las aras de la Virgen Santa;
y ella en la noche oscura
de vuestro error funesto,
derramará benigna,
mares de luz con su mirada pura.
Y vosotros tambien, hermanos míos,
los hijos de la cruz, venid ahora;

venid, y confundiendo á los impíos,
cada cual ofrezcamos un tributo
al sumo Dios que el universo adora.
Yo nada soy, lo sé; mas no me aterra
el contemplarme un átomo perdido
en la faz de la tierra
que por orden de Dios habita el hombre;
y siguiendo el impulso que me inspira,
en desagravio de su santo nombre,
hoy le ofrece mi alma
esos humildes ecos de mi lira.



LA RELIGION.

Amparo dulce del que triste llora,
fanal brillante, del perdido guia,
en la tormenta de la vida, aurora
que precede al fulgor del claro dia:
la gracia celestial contigo mora
y la paz y la cándida alegría;
madre de la virtud, luz de mi alma,
llena mi voz de tu tranquila calma.

A tí me acojo, de mi triste llanto
recibe el holocausto reberente:
cúbreme tú con tu divino manto,
que postrada á tus piés doblo mi frente:
dame la gracia de tu influjo santo,
y acepta pues mi corazon ardiente:
¿Quién ¡ay! en estemar que llaman vida
no se acojió una vez bajo tu ejida?

¿Quién llanto no vertió? ¿quién su camino
no encontró por doquier lleno de abrojos?
¿quién al luchar con su fatal destino
no elevó al cielo sus cansados ojos?
¿quién no halló dulce paz, amor divino,
si ante el sagrado altar cayó de hinojos,
y lleno el corazon de fé cristiana
brotó en sus lábios su plegaria humana?

Débiles almas de llorar cansadas .
en este valle de dolor caidas,
errantes, peregrinas, desoladas,
en el desierto mundanal perdidas;
ovejas del rebaño, extraviadas
y por las zarzas del pecado heridas,
esas sendas dejad, porque están llenas
de eterno luto y perdurables penas.

Madres amantes, que llorais perdidos
los tiernos hijos que os legó natura,
dad trégua á la afliccion y á los gemidos,
y alzad los ojos á la azul altura:
allí están inocentes, bendecidos
al pié del trono de la Virgen pura;
si Dios un hijo os demandó en el suelo,
un ángel puro os otorgó en el cielo.

Huérfanos tristes que en la amarga vida
perdisteis de una madre el dulce amparo,
cerrad del alma la doliente herida,
porque ya vuestro mal tuvo reparo:
á su madre purísima y querida
Dios os legó de vuestro bien avaro,
y ella al pié de la cruz entre dolores,
los hijos os llamó de sus amores.

Los que sufrís en fin, venid conmigo
y doblad reverentes la rodilla:
Dios la humildad ensalza del mendigo
y de los reyes el poder humilla:
El es el bueno, cariñoso amigo
de la virtud y de la fé sencilla,
y con afán, que su bondad revela,
continuamente por sus hijos vela.

No temais, no, que su mirada amante
se aparte de nosotros un momento,
ni que pierda su oído penetrante
de la súplica fiel un solo acento:
en todas partes estará delante
leyendo el corazón y el pensamiento,
contando nuestras lágrimas amargas,
y de nuestro pesar las horas largas.

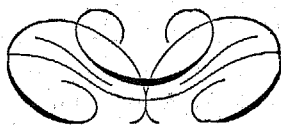
Ni un solo ¡ay! del corazon herido,
ni una mirada suplicante al cielo,
se llegará á perder en el olvido
sin dar al alma celestial consuelo;
por *El*, el que padece es bendecido;
ama al que sufre de la vida el duelo,
y por su diestra mano el desgraciado
en un mundo mejor será premiado.

Venid: ¿en vuestro pecho por ventura
del amor de mi Dios no arde la llama?
¿su bondadosa y paternal ternura
vuestra fé y vuestro amor tal vez no inflama?
venid, venid; la paz y la dulzura
sobre sus hijos pródigo derrama:
¿dudais? ¡oh! no: porque si habeis sufrido
tambien habreis su proteccion sentido.

Que nada tanto al corazon revela
la existencia de un Dios omnipotente,
como esas horas en que el hombre vela
y dobla al peso del dolor la frente:
al cielo entonces con afan apela
por un instinto que en el alma siente,
y que le grita en su desdicha impía
«espera en Dios, en su bondad confía»

Venid, pues, ante el Dios de tierra y cielo
los que en su amor y su bondad fiais;
venid á mí los que con loco anhelo
de incrédulos acaso blasonais:
¡oh! si un día en acerbo desconsuelo
herido el corazón, tristes llorais,
en medio del dolor y el desvario,
sin saberlo quizá direis, «Dios mío.»

Venid á mí: con mi laud cristiano
yo sabré consolar vuestros pesares,
cuando de Dios el nombre soberano
haga sonar vibrante en vuestros lares;
que el que estendiendo su potente mano
creó la tierra y los estensos mares,
el infinito Dios de mundo y cielo,
para cada dolor tiene un consuelo.



FÉ.

Yo creo en Tí, Señor; dentro del alma
arde la antorcha de la fé divina,
y siempre ardió desde el primer instante
en que tu aliento me infundió la vida;
yo creo en Tí, Señor; cuando mis ojos
vieron la claridad del primer día,
la llama de tu amor mezclada en ella
llenó de luz mi corazón de niña;
y el suspiro primero de mi lábio,
y mi primera lágrima vertida,
el Anjel que á mi guarda destinaste
á tus escelsas plantas llevaria.
Yo creo en Tí, Señor. ¡Oh! cuantas veces
al cielo con afán volví la vista
porque en una mirada comprendieses
el profundo pesar del alma herida,
y un consuelo dulcísimo y suave
al corazón entonces descendia,
al ver, con el anhelo de mi alma,
tu atención paternal sobre mí fija.

¡Oh! cuan grato es, Señor, si padecemos
largas y tristes horas de agonía
tener la conviccion de que apiadado
Tú desde el cielo nuestras penas miras;
comprender que esos íntimos pesares
que el acento á espresar no bastaría,
y que esas tristes y elocuentes lágrimas
entre la sombra y el dolor vertidas,
las cuentas y las ves desde tu trono
y oyes el ¡ay! que el corazon te embia.
Quando ese mundo vano y orgulloso
nuestra pobreza con desprecio mira;
quando engreido con sus falsos bienes
ultraja á la virtud en su injusticia;
quando al tender nuestra mirada en torno
no halla otro ser que nuestro mal conciba,
si no ardiera, Señor, en nuestras almas
la pura lumbre de la fé divina.
¿cómo hacer frente á la desgracia entonces?
¿cómo cerrar del corazon la herida?
¡Oh Soberano Dios! mil y mil veces
cielos y mundos tu piedad bendigan,
que al contemplar el duelo y la amargura
con que la suerte sin cesar nos brinda,
en el alma del hombre colocaste
la fé sagrada con tu mano escrita.
La fé, del desgraciado amparo cierto
y en este mundo su perpétua guia;
luz que alumbra sus pasos vacilantes,
único bien que en su afliccion le anima,
esperanza dulcísima y suave
que á bendecir sus lágrimas le obliga;
la fé, de salvacion áncora eterna;
la fé, santa virtud que en tí se afirma.

¡Oh Señor! creo en tí; Dios uno y trino,
te adora reverente el alma mia,
y tuyo ha sido mi primer lamento,
y tuya ha sido mi primer sonrisa,
y pronunciando tu sublime nombre
terminarán las horas de mi vida.

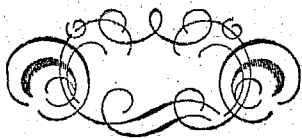


Esperanza.

¿Quién eres tú, castísima doncella,
pura como los sueños de la infancia,
en cuya frente pudorosa brilla
la suavisima luz de la mañana?
¿Quién eres, con tus ojos de paloma
de afable, dulce y celestial mirada,
y tus labios brillantes y aromados
y tu sonrisa celestial y casta?
¿Quién eres, con tu frente de jazmines
y tu flotante vestidura blanca,
y tu fina y sedosa cabellera
en ondas mil sobre la sien rizada?
¿Quién eres, di, que á la existencia mia
prestas encantos, y reposo y calma,
cuando la luz de tus amantes ojos
posas sobre mi sien? «Soy la esperanza.
Yo presido del hombre los destinos,
yo pura y sin igual moro en su alma,
alentando sus sueños de ventura»

y borrando sus horas de desgracia.
Por mí su corazón late animado,
por mí la vida entre dolores ama,
por mí también su labio se sonríe
acaso en medio de sus tristes lágrimas.
Mas no soy yo la que su pecho llena
de incierta angustia, de inquietud amarga,
cuando arriesga temblando su fortuna
solo á un capricho de la suerte varia;
no soy la que en el seno del avaro
imprime el sello de la dicha cara,
haciéndole soñar raudales de oro
para que sácie su avaricia infausta;
no soy la que al culpado presta aliento
y le adormece entre fingida calma,
haciéndole esperar que oculta quede
entre el silencio y el horror su falta;
no, no soy yo la que el orgullo anima
ni impulso doy á la soberbia vana,
cuando ambiciona falsos oropeles
imbécil ¡ay! para cubrir su nada.
Que del cielo purísimo es mi origen,
y el mismo Dios con paternal mirada
me formó de su esencia, y dió á mi frente
de su infinito amor la ardiente llama.
Por eso el desgraciado en mí confía
y otra existencia por mi influjo aguarda;
y el esclavo bendice sus cadenas
cifrando en mí la libertad del alma.
Por mí espera el mendigo desvalido
la caridad divina que demanda,
y el que llora en la tierra, por mí al cielo
eleva confiado la mirada.
Yo mas allá de los sepulcros fríos

llevo el consuelo y la tranquila calma,
pues por mí el desgraciado en otra vida
ver al objeto de su amor aguarda.
En mí encuentran alivio los dolores
que de los hombres la existencia amargan,
y ni un solo tormento de la vida
resiste á mi influencia soberana.
Yo desciendo del cielo hasta la tierra,
hija me llama Dios, soy la Esperanza:
y al habitar el corazón del hombre,
la Fé y la Caridad son mis hermanas. »



CARIDAD.

Una muger tan bella, cual es bello
el rojo sol que en el oriente asoma
sus vívidos fulgores,
y al despuntar la cándida mañana
con su ardiente destello
torna la tierra en matizada alfombra
de esmeralda y de flores
y el ancho cielo en pabellon de grana,
á los piés de Jesus, triste y llorosa
en su inmenso dolor está de hinojos:
sus brillantes cabellos destrenzados
enjugan ¡ay! sus peregrinos ojos,
del llanto y del insomnio fatigados.
En su frente bellísima y suave
lleva escrita su pena,
y su inmenso y acerbo sentimiento.
¡Ay! aquella muger es Magdalena,
y aquel sumo dolor, remordimiento.

El alma noble que en su seno mora
en el cieno del vicio está manchada,
y en el lábio contrito
de aquella arrepentida pecadora,
de amargura y de culpas abrumada,
cual de su afán despojo,
no brota ni un gemido, ni una súplica
que aplaque de su Dios el justo enojo.
Mas ¡oh! ¿qué importa que su hermosa boca,
en que la voz espira,
no sepa murmurar una plegaria,
si en su pecho abrasado
del amor celestial arde la pira?
amor tan infinito, y tan sagrado
que el mismo cielo con respeto admira.
Amor tan sin igual, que si á los ángeles
la envidia conocer dado les fuera,
la frente inclinarían,
y por la vez primera
aquel divino amor envidiarían.
Amor indefinible, amor ardiente,
cuyo mar insondable
traspasó de sus culpas la eminencia,
purificó su frente,
y las faltas borró de su existencia.
Amor, que al mismo Dios enamorando
le obligó á murmurar con voz serena,
los pasados errores olvidando,
«Yo te doy mi perdón: alza del suelo
y cese tu desvelo,
porque mi amor es tuyo, Magdalena.
¡Oh Dios omnipotente, cuya mano
la tempestad enfrena,
y el iris tornasola,

y se tiende amorosa hácia el cristiano
si le ofrece de amor arrepentido
una lágrima sola:
Tú, que derramas gracia y bendiciones
en quien alza su espíritu á la altura,
Tú, que al beber de tu pasión sangrienta
el cáliz de amargura
solo á buscar vinistes corazones
rebotando de amor y de ternura:
pon una chispa del divino fuego
en el fondo, Señor, del alma mía,
hoy que á tus plantas anhelante llevo
y al elevar la voz de mi creencia,
su ardiente amor mi corazón te embia.



JESUS DORMIDO.

En un bosque florido
con prados de esmeralda,
con limpios arroyuelos
de cristal y de nacar,
dó murmura la brisa
lijera y perfumada,
y á donde el sol esparce
sus rayos de oro y grana;
la celestial Maria
se encuentra reclinada,
mas bella que la aurora
y mas pura que el alba:
en sus divinos brazos
duerme Jesus en calma,
mientras ella afanosa
su dulce sueño guarda,

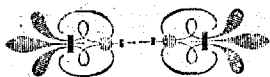
y con su voz suave
mas que el rumor del aura,
entona tiernos cantos
al hijo de su alma.

«Sentidos rui señores
que habitais la enramada,
arroyos que sembrando
el prado vais de plata;
cesad en vuestros cantos,
detened vuestras aguas,
por que turbais el sueño
del hijo de mi alma.

Brisa que fresca y leve
de aromas impregnada
el aire purificas
y en torno mio vagas,
no toques de mi hijo
la frente pura y blanca,
no roces sus cabellos,
sus rizos no deshagas,
ni el blando sueño turbes
del hijo de mi alma.»

Abrió el niño los ojos
y una dulce mirada

radiante de ternura
fijó en su madre casta;
brilló en sus puros labios
de rosas y de grana,
una sonrisa dulce
mas que la vida grata;
y entre aquella sonrisa
murmuró una palabra,
que estremeció de gozo
à la Virgen sagrada,
pues por la vez primera
dijo «madre del alma,»



AL SACRAMENTO.

ODA. (1)

Cenantibus autem eis, accepit Jesus panem, et benedixit ac fregit, deditque discipulis suis et ait: «Accipite et comedite, hoc est corpus meum.»

S. MATH CAP. 26. v. 26.

Señor Omnipotente, cuyo nombre
el cielo inunda y el espacio llena,
y le pronuncia con respeto el hombre,
y entre armonia plácida y serena
en el laud de los querubes suena:

Tú, que le diste lánguido murmullo
á la limpia corriente,
y misteriosos ecos al ambiente,
y á la paloma su sentido arrullo
cuando gime en la selva tristemente:

(1) Escrita espresamente para el adorno de la plaza de Bib-Rambla en el día del Santísimo Corpus Christi: el año 1833, en que estubo á cargo de la autora la parte literaria de él.

Tú, que alientas la voz del ronco trueno
cuando pujante estalla,
y un eco sordo de amenaza lleno
arrancas de la mar al hondo seno
cuando pretendé trasmontar su valla:

Tú, que con tu mirada de dulzura
del furioso huracan calmas las iras;
Tú, cuya voz segura
evoca un mundo de la nada oscura
y aparecer ante tus piés le miras;

Tú solo eres la paz y la esperanza,
el bien exento de inquietud y enojos,
el iris de bonanza,
y fulgura en tus ojos
la luz de la divina confianza.

Yo te adoro, Señor, cuando radiante
apareciste en Sinaí á tus greyes,
y entre el trueno y el rayo fulminante
dictaste, Rey de Reyes,
al pueblo de Israel tus santas leyes:

Cuando su planta débil y abrasada
con tierno y santo y paternal desvelo
guiaba tu mirada,
y en la estension de arena calcinada
el maná le mandaste desde el cielo:

Cuando de Faraon enfurecido
burlando el torpe enojo,
á tu pueblo oprimido
abriste, de su mal compadecido,
ancha senda en las aguas del mar Rojo:

Cuando culpas sin cuento
perdonaste á la bella Magdalena;
y aun mas te adoro, de esperanza llena,
cuando por alimento
te das al hombre en la Sagrada Cena.

¡Indecible y augusto beneficio!!!
El Dios Omnipotente, el increado,
de arcánjeles y justos ensalzado,
el que en fiero suplicio
del hombre impuro redimió el pecado;

El que formó la luz del primer día
con solo una mirada de sus ojos,
y dió al viento armonia,
y á la cándida flor matices rojos
y graves ecos á la selva umbria;

El que dió al pez su escama
y á las aves su espléndido plumaje,
al sol su ardiente llama,
que en clara luz inflama
errantes nubes de lijero encaje;

El que dió á la mañana su frescura,
y aumentando su gala y su hermosura
prestóle ténues claridades bellas,
y dió á la noche oscura
el pálido fulgor de las estrellas;

El que llenó de espanto
los horrorosos senos del profundo;
el Dios tres veces santo,
cuyo ser infinito y sacrosanto
no cabe en la estension del ancho mundo;

Aun mas sellando su bondad sagrada
y escribiendo su nombre
en el alma feliz purificada,
elije por morada
hoy el contrito corazon del hombre;

Del hombre, que humillado
vertiendo llanto á mares
por su crimen pasado,
llega, Señor, al pié de tus altares
implorando el perdon de su pecado.

Y Tú, ejerciendo tu sin par clemencia,
devuelves la blancura
á su manchada y rota vestidura
de cándida inocencia,
y le das á beber tu sangre pura.

¡Omnipotente Dios! mil y mil veces
en aire, y tierra y mar sea bendita
tu piedad infinita,
cuando en medio del mundo te apareces,
y espacio y cielo de placer se agita:

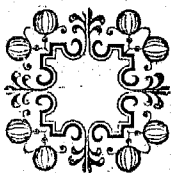
Cuando seguido del celeste coro
te muestras enjugando nuestro lloro,
rodeado de ardientes querubines,
mientras te dan los puros serafines
dosel y alfombra con sus alas de oro.

Y tú, Granada, la ciudad hermosa,
de cielo azul y campos de esmeralda,
la maga deliciosa,
cuya encantada falda
borda el jazmin y la encendida rosa,

Póstrate reberente; el Dios que adoras
de luz cercado á tu recinto viene;
riega en llanto sus plantas creadoras,
que lágrimas de amor abrasadoras,
siempre para su Dios el alma tiene:

Escoge de tu Alhambra celebrada
las mas hermosas flores,
de perfumes mejores,
y ofrécelas, de amor enajenada,
al supremo Señor de los Señores.

Y plegarias y aroma y armonia
hoy ascendiendo ante su altar divino,
sean en este día
emblema fiel que ante sus piés envia,
de ardiente amor su pueblo granadino.



ALA VIRGEN MARIA

en la declaracion dogmática de su Purísima Concepcion

Alma entre miles almas escogida,
inmaculada y celestial criatura,
antes bendita y santa que nacida,
y despues de ser madre, Virgen pura:
si los ecos de un alma dolorida
llegan, oh Madre mia, hasta tu altura,
vé que eres bendecida y enzalada,
mas no mires por quien, Virgen sagrada.

No atiendas á lo débil de la pluma
que á tan alta region emprende el vuelo,
y tan solo, Señora, mira en suma
del alma mia el amoroso anhelo:
y pues ni nube ni lijera bruma
hoy oscurece de tu gloria el cielo,
recibe el homenaje de alegria
que en su efusion y su placer te embia:

Sí, Virgen Sacrosanta; la bandera
de victoria sin par, de honor prolijo,
hoy por tí con su mano justiciera
tremolando en el cielo esta tu hijo.
Yo soy, yo siempre he sido la primera
que en el fondo del alma guardé fijo
el pensamiento eterno consignado
de tu cándido ser immaculado.

Bien lo sabes, Señora; desde el día
que recibí la vida y el aliento,
entre mis sueños plácidos te via
mas pura que la luz del firmamento;
y la madre infeliz del alma mía,
oyendo apenas mi primer acento,
aun con voz balbuciente é insegura
enseñóme á llamarte limpia y pura.

¿Y cómo un solo instante ha de dudarse
de tu eterno candor nunca manchado?
¿pues cómo hija de un Dios ha de llamarse
la que hija fuera del fatal pecado?
¿Cómo, Virgen Maria, ha de encontrarse
la perfeccion y el crimen hermanado?
¿cómo unida un instante se hallaria
la oscura niebla y el brillante día?

Fuera causa de asombro, Virgen pura,
que el que te hizo del cielo la Señora,
y que te dice *madre* con ternura,
siendo con él del mundo redentora
y agotando con él tanta amargura,
dejara que nacieras pecadora,
y á la que iba á causar nuestra caída
le diera con su aliento ser y vida.

No, no puede creerse, madre mia,
y aunque el mundo tambien no lo juzgara,
para negarlo yo, Virgen Maria,
mi solo corazon, mi fé bastara.
El Dios que hizo la luz, que formó el día,
que dió fulgores á la luna clara,
que creó los luceros, las estrellas,
¿menos pureza te legó que á ellas?

No es posible; y si alguno en su locura
intentase dudar solo un momento
de esa tu Concepcion sagrada y pura.....
si osára con palabra ó pensamiento
empañar tu clarísima hermosura,
yo con mi rudo, pero firme acento
una vez y otra cien le gritaria
«atrás, genio del mal, paso á Maria.

Paso á la augusta emperatriz del cielo,
concebida sin sombra de pecado,
en quien de Dios el amoroso anhelo
bendiciones sin fin ha derramado.
Si vuestro torpe corazon de hielo
por pura y madre y Virgen la ha negado,
yo aunque á vuestra soberbia no le cuadre,
os digo, «haceos atrás, paso á mi madre.»

¿No veis acaso su divina frente
coronada de fúlgidas estrellas?
¿No veis el sol espléndido y ardiente
siendo la alfombra de sus plantas bellas?
¿No veis de Dios la mano omnipotente
bienes vertiendo trás sus santas huellas?
¿No mirais de su pecho el Santuario
ser de la augusta Trinidad Sagrario?

Pues en quien tantos dones atesora
la mancha mas lijera fuera estraña.
Que una sombra tu brillo descolora,
que una nube fugaz tu dia empañe.....
podrá haber quien lo diga, gran Señora,
mas en la noble y religiosa España
dó la bandera de tu triunfo ondea,
ni habrá quien lo sostenga ni lo crea.

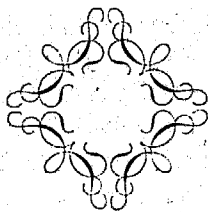
Estiende pues tu mano bendecida
sobre aquesta nacion que asi te ama;
devuélvele la paz, dale la vida
pues tu socorro celestial reclama:
y si Dios con justicia merecida
ves que en ella su cólera derrama,
dí con tus ojos en mi pátria fijos,
«perdónalos, Señor, que son mis hijos.

Siempre mi nombre con amor dijeron,
siempre á mi amparo con ferbor clamaron,
siempre mi pura Concepcion creyeron
y mil columnas á mi triunfo alzaron:
y pues bajo mi manto se acojieron
y en nombre de mi amor te suplicaron,
hoy que me colmas de tan altos dones,
no á tanto y tanto mal les abandones:

Deja el rigor y adopta la clemencia;
si se apartaron de tus santas vías,
cuando diste por ellos la existencia
ya su flaqueza con dolor sabias:
y al darme tanto amor, tanta influencia,
cuando su madre al espirar me hacias,
me dijiste, consuela sus dolores,
se abogada de tristes pecadores.

Aquí me tienes pues, dulce hijo mío,
que ya por ellos á rogarte vengo,
que te aplaquen mis lágrimas confío
pues de madre amorosa el nombre tengo:
perdona por mi amor su desvario,
que á desoir sus ruegos no me avengo,
y tu el precepto te impusiste santo
de nunca resistir ante mi llanto»

Si esto dices, Estrella de los mares,
y Dios tu frente inmaculada mira,
obtendrán un remedio los pesares
por que mi patria con dolor suspira:
y volverá la paz á nuestros lares,
la cruda muerte aplacará su ira,
y al invocarte España limpia y pura,
el Sol te llamará de su ventura.



EL PRIMER BESO.

Era una noche hermosa,
el cielo estaba limpio,
y esparcía la luna
su rayo claro y tibio;
el mundo entró la sombra
reposaba tranquilo,
mientras la Virgen casta,
contemplando á su hijo,
así amante decia
con acento divino.

«Duerme luz de mis ojos,
duerme, mi dulce niño,
que el seno de Maria
te dá su casto asilo:

no temas que tu sueño
grato, dulce y bendito,
venga á turbar aleve
el mas ligero ruido:
que en tanto que reposas,
mi bien, mi tierno hijo,
yo velaré á tu lado
mirándote dormido.

Si acaso, vida mia,
el viento crudo y frio
agitase inclemente
tus ondulantes rizos,
si un instante tan solo
tal vez su soplo impío
helase tu alba frente
de nítidos hechizos,
no temas, luz del alba,
por que los besos mios,
darán calor suave
á mi Jesus dormido.

Duerme... mas ¡ay! ¿qué tienes?
¿porqué un triste suspiro
brota, flor de mi vida,
de esos lábios tan lindos?
¿porqué asoma una lágrima
á tus ojos divinos?
¿qué tienes, alma mia?

¿qué tienes, dí, mi hechizo?
¿porqué triste suspiras?
¿porqué lloras dormido?

¡Ay! esa pura lágrima,
y ese blando suspiro
¡cuanto diera tu madre,
¡cuanto diera, hijo mío,
por guardar en su seno
cuando duermes tranquilo!
detiéneme el respeto...
impúlsame el cariño...
mas... mi ternura vence
¡con cuanto regocijo
te doy el primer beso
mientras estás dormido!»

Pero en aquel instante
despertándose el niño,
miró á su madre hermosa
y con amor la dijo:
«Sí, ven, madre del alma,
purísimo bien mío,
no temas, flor bendita,
que si lloré dormido
fué por lograr un beso
de tus lábios divinos.»

Muerte del justo.

Rápidas corren las tranquilas horas
conque termina la callada noche,
y á impulso de la brisa seductora
abre la flor su broche,
la vuelta ansiando de la nueva aurora.

Las inocentes aves despertando
con cándida alegría,
modulan de su canto la armonia,
á su Dios saludando
ante el lucero que precede al dia.

Las anchas alas de la sombra oscura
replega la alborada
con su plácida luz suave y pura,
y la brisa aromada
ajita blandamente la espesura,

Mas no brillará el sol puro y dorado
para el que triste espira,
y en el lecho de muerte fatigado
pálido y angustiado,
por otro mundo en su dolor suspira.

En torno bagan de su blanco lecho
los hijos de su alma,
presa del llanto el inocente pecho
por el dolor desecho,
mientras él a su Dios imboca en calma.

Por un momento la congoja fiera
llena de hiel su corazon de hombre,
y con voz lastimera
les dá su bendicion por vez postrera,
mientras murmura de su Dios el nombre.

El angel puro que guió su planta
de la vida en el áspero sendero,
su espíritu levanta
á la presencia santa
del potente Señor del orbe entero;

Y allí junto á su lecho colocado,
disipa de la muerte los horrores
al resplandor de su mirar sagrado,
que alienta, en él posado,
de la dulce esperanza los fulgores:

Y con suave afan y con terneza,
endulzando benigno su agonía,
de su Dios le recuerda la grandeza
y la casta pureza
y el amor infinito de Maria:

De la Virgen Maria, cuya mano,
cual iris de bellísima esperanza,
se extiende hacia el cristiano,
y le dá con su amparo soberano
de llegar á su Dios cierta esperanza.

Y allí está, allí; que descendio del cielo
para guiar al justo en su camino,
para cubrirle con su casto velo,
y conducirle con materno anhelo
á las moradas del amor divino.

Ella pone en el lábio que bendijo
mil veces con amor su dulce nombre,
el signo de la cruz sagrada fijo,
y el que entonces espira, ya no es hombre,
si no su dulce y predilecto hijo.

Ella calma las penas que devoran
al moribundo padre,
al ver los hijos que piedad imploran:
mas se ofrece á ser madre
de aquellos niños que sin fuerza lloran.

Y al extinguirse la movible llama
de la existencia del que fué su amigo,
y que al morir su proteccion reclama,
en él la luz de su mirar derrama,
y «no temas, le dice, estoy contigo.»

Y cuando su esplendor el nuevo día
por la rica creacion va derramando,
termina el moribundo su agonía,
sus preces murmurando
y el purísimo nombre de María.

Y en tanto que vertiendo amargo lloro,
gimen sus hijos entre angustia tanta,
de los sagrados Anjeles el coro,
pulsando el harpa de oro,
su nueva entrada en el empíreo canta.



Muerte del culpado.

Solo en el lecho del dolor postrado
en que sujeto por su mal se mira,
temblando de dolor, desesperado,
revolviéndose en ira,
olvidando á su Dios un hombre espira:
entre el gemido de dolor violento,
en su boca blasfema,
brota el impuro y torpe juramento
unido al llanto que sus ojos quema.
En vano busca con los ojos fijos
una mano amorosa y bienhechora
que endulce su tormento;
en tan amarga hora
se alejan de él sus inocentes hijos,
á su lecho no llegan,
y llenos de amargura
de padre el nombre con horror le niegan.
Solo está en su agonía,

maldiciendo al perderla su existencia;
mas el genio del mal esta á su lado
y al mirarle luchar con sus dolores,
sonrie con satánica alegria,
contemplando gozoso su impotencia.
La muerte alli su descarnada mano
le tiende despiadada,
y él ¡ay! por desasirse lucha en vano,
que aquella mano helada
del mandato de Dios cumple el arcano.
Vuelve los ojos con inquieto asombro,
á su pesar tal vez estremecido,
se erizan sus cabellos,
porque un lijero soplo, un leve ruido
llega á espirar confuso hasta su oido;
El Angel santo de su guarda era,
que con mirada de mortal anhelo
le dá su despedida postrimera,
y que agita su vuelo
para elevarse á la mansion del cielo;
«adios, le dice con acento triste,
adios: pues fueron mis esfuerzos vanos
y en tu pecho no existe
la esperanza y la fé de los cristianos,
por siempre te abandono.
Voy á llegar hasta los pies del trono
del Dios de la justicia,
cuyo acento divino,
me ordenó que guiase tus pisadas
del mundo en el revuelto torbellino;
alli voy á dar cuenta
de tu crimen horrible;
y pues desoyes mi doliente ruego,
en el dia espantoso

de su juicio terrible,
no esperes de su sabia omnipotencia
ni apelacion alguna ni clemencia.
Y cubriendo su frente
con sus brillantes alas,
del moribundo impio
se aleja el angel puro tristemente.
Entonces á su vista estremecida,
en confuso tropel se representa
el negro crimen que manchó su vida
en el camino del error perdida,
y de que hoy ha de dar estrecha cuenta.
La enormidad inmensa le amedrenta
del mal de que hizo un dia torpe alarde,
y un acento se eleva de su alma,
que le grita severo,
«no esperes ni perdon ni paz ni calma,
que la piedad de Dios imploras tarde;
un solo instante con su aguja marca
el reloj de tu vida,
¿podrás borrar en él tantas maldades
y tanta y tanta falta cometida?
¡No! cien años de afan hora tras hora
á espiarlas no alcanza:
maldicete infeliz, muerde tus manos,
y lágrimas de sangre vierte ahora;
pero no abrigues ¡ay! ni una esperanza»
Es la voz de Satan, que temeroso
que aquel alma se salve todavia
con un solo momento
de sincero y feliz remordimiento,
le hace dudar de Dios en su agonía.
Una horrible blasfemia
brota el cárdeno labio

del solo y olvidado moribundo,
y haciendo á Dios su postrimer agravio,
al negar su piedad y su clemencia,
termina su existencia
sin dejar una lágrima en el mundo.

.....

.....

El infierno de gozo se estremece,
ruge Satan con bárbara alegría;
y el cielo se oscurece
porque un alma perece,
y olvidada de Dios y de Maria,
sin un solo momento
de tregua ni piedad, solo le aguarda
la inmensa eternidad del sufrimiento.



EN EL ALBUM DE UNA NIÑA.

Viniste, niña, á la vida
ornada de blancas galas,
y un angel tendió sus alas
y junto á tí se posó:
y la Reina de los cielos
arrancó, de amores llena,
de su frente una azucena
y en tu sien la colocó.

Guarda, niña, esa flor casta
de suavísima belleza,
que es emblema de pureza
ó inocente candidez;
y luciendo sus primores
en tu frente inmaculada,
es la gala mas preciada
de la tímida niñez.

MEDITACION EN EL CEMENTERIO.

Señor, escucha el dolorido ruego
que te dirige el alma atribulada,
á traves de las lágrimas de fuego
que arranca al corazon esta morada.

Deja que descubierta la cabeza
pronuncie el labio tu sagrado nombre,
y adore de rodillas tu grandeza
viendo la *nada* junto á mí del hombre.

¿Qué es el mundo, Señor? qué sus placeres?
¿que sus encantos y su necio orgullo,
la belleza de cándidas mujeres,
de la dicha y la gloria el falso arrullo.?

¿Qué somos? ¡ay de mí! ¡misericordia humana!
del ciprés melancólico á la sombra
á otros hombres aquí.... tal vez mañana
el polvo mio servirá de alfombra.

Y ni una sola lágrima vertida,
ni una pálida flor, ni una plegaria,
hará á su pensamiento conocida
la losa de mi tumba solitaria.

Pobre madre ¡ay de mí! cuando algun día
venga feliz á descansar contigo,
del vendabal de la existencia mia
buscando en brazos de la muerte abrigo;

¿Quién guardará tu nombre con respeto
dentro del corazon, madre amorosa?
¿de qué veneracion serás objeto?
¿quién verterá una lágrima en tu losa.?

¿Quién ornará de flores amarillas
la cruz modesta de tu pobre tumba?
¿Quién rezará llorando de rodillas
mientras el viento airado en ella zumba.?

¡Nadie, nadie vendrá! tu dulce nombre
se olvidará con mi despojo humano.
¡Tal es! ¡oh madre, el porvenir del hombre:
tal es el fin de su delirio vano!

¡Oh señor! si la mísera existencia
de eterno afán y lágrimas cercada
es un sueño no mas; si es en su esencia
misericordia, vanidad, locura, nada:

Si este cuerpo mortal es cárcel triste
que á las almas caídas aprisiona,
donde la paz del corazón no existe
ni la santa virtud al hombre abona;

Oyeme ¡oh Dios! que tu potente brazo
termine mi sufrir y mi agonía;
acorta ya de mi destierro el plazo,
y vuelve á tu mansion el alma mía.

❧

Santo Sáfico.

Virgen María, luminosa estrella,
fuente sellada, dó la gracia emana,
flor misteriosa, cuyo cáliz vierte
púdico aroma.

Tú, que sin mancha concebida fuiste,
Tú, que bendita sobre todas eres,
Tú, en cuya frente la pureza casta
fúlgida brilla.

Tú, cuyo nombre de esperanza es faro,
Tú, cuya imagen reverencia el hombre,
Tú, á cuyos piés el corazon herido
lágrimas vierte.

Vuelve, Señora, tus amantes ojos,
llenos de amor y de piedad sublime;
vuelve tus ojos, y á tus pies me mira
tímida y sola.

Tuve una madre cariñosa un día,
dulce y amante y de virtud ornada,
don celestial que en su bondad inmensa
diérame el cielo.

Tube una madre, y al buscar ansiosa
tiernas caricias en su amante seno,
ví que su frente se inclinó sin vida
pálida y yerta.

Sé, madre mia, celestial señora,
tú que bendices al que espera y sufre,
tú que proteges al que en este mundo
huérfano queda.

Sé mi esperanza, y cuando el alma mia
rompa los lazos que la oprimen hoy,
haz que á tus plantas bendecida y santa
rápida suba:

DIOS.

Arcángel de la luz, génio divino,
que en blandos ecos la armonía exhalas
y acompañas tu canto peregrino
con el suave roce de tus alas;
desciende de mi vida hasta el camino,
presta á mi voz de tu decir las galas,
hoy que me falta inspiracion y acento
aunque el alma rebosa sentimiento.

¡DIOS! este nombre que el espacio llena,
mil y mil veces moduló mi canto,
ya entre esperanza plácida y serena,
ya entre despecho y amargura y llanto:
¡DIOS! este nombre que dó quier resuena
grande, infinito, inenarrable, santo,
cual encendio del sol la ardiente llama
su luz sobre mi espíritu derrama.

¡DIOS! ¿qué atrevido ó elocuente lábio
será bastante á pronunciar tal nombre,
sin que á su inmensa gloria cause agravio
en el lenguaje terrenal del hombre?
¿qué palabra, qué voz, qué acento sábio,
sin que poder tamaño no le asombre,
intentará medir en su osadía
la grandeza del hijo de Maria.?

Podrá atrevida la razon humana
medir del tiempo el incansable paso,
ó contemplar los rayos de oro y grana
del moribundo sol en el ocaso:
podrá de esa techumbre soberana
contar los astros de fulgor escaso;
mas para Dios, que existe por sí mismo,
no hay peso, ni medida, ni guarismo.

El, que la tierra salpicó de flores,
El, que las noches separó del dia,
El, que dió á la mañana sus albores
y sus luceros á la noche fria:
El, que á las tiernas aves prestó amores
y libre patria en la estencion vacia:
El, que la verde mar bordó de plata
y las nubes de nácar y escarlata.

El, que al mirar el huracan violento
la tierra estremecer con saña fiera,
¡basta! le dijo, y se contuvo el viento
sin otra valla que su voz severa.
El, que le dijo al sol con firme acento,
«brilla y alumbra mi creacion entera»
y á su mandato, dócil y obediente
de roja luz se iluminó el Oriente.

El, que á las ondas de la mar inquietas
que alborotadas con furor lucharon
dijo «hasta aquí llegad» y allí sugetas
contra la arena frágil se estrellaron;
cien ástros brilladores, cien planetas,
ante el impulso de su voz giraron;
y dióle animacion al claro dia
y á la noche reposo y armonía.

Y dijo al hombre, su mejor hechura;
«el mundo todo por mansion te doy;
goza de su esplendor y su hermosura,
que en todas partes á tu lado estoy:
yo te daré la paz y la ventura,
sé Señor de la tierra; desde hoy
tuya es mi creacion, tuyo mi dia,
tu fé, tu amor y tu esperanza, mia.»

Y tuyas son, que ante tu santa ira
tiembla, Señor, el justo, el delincuente,
y tu infinito amor, amor inspira;
si alguno acaso en su delirio ardiente
dice que niega tu existir; ¡mentira!
pues una voz severa y elocuente
siempre en lo mas recóndito del alma,
¡DIOS! grita en la afliccion; ¡DIOS! en la calma.

Y ¿quién, Señor, cual tú? yo la primera,
destocada la sien tu nombre aclamo;
y de mi triste vida en la carrera,
tu amparo santo y tu piedad reclamo;
mi fé, mi adoracion, mi vida entera
son tuyas ¡oh Señor! porque te amo
con ese amor que te tributa solo
la infinita creacion de polo á polo.

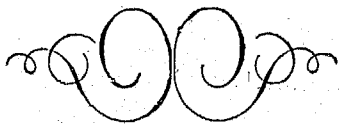
Dios de mis padres, esperanza mia,
luz que siguiendo por dó quiera voy,
mis pasos vacilantes á ti guia,
que ya pendiente de tu voz estoy:
sol que iluminas de mi ser el dia,
si me pides amor, amor te doy:
sea, al dejar la vida transitoria,
tuyo mi corazón, mia tu gloria.

LA PASTORA.

Cándida y bella azucena,
gentil y pura zagala,
¿dónde vés tan presurosa
en el cayado apoyada?
¿porqué en tan ásperas sendas
posas la divina planta,
y del Sol á los ardores
espones tu frente casta?
¿no hay ya floridas praderas
donde fijas tus pisadas?
no hay doseles de verdura
y sombrías enramadas
donde en la siesta repose
la pastora de las almas,
y me diga sus amores
puros, íntimos, sin mancha,
y en su seno me adormezca,
y bese mi frente blanca?

¡á dónde vás, flor hermosa!
¡á dónde vás, madre amada!
¿porqué, dí, paloma mia,
de mi lado te separas,
cuando la luz de mis ojos
ausente de tí me falta?
Así el buen pastor decia
á la divina zagala,
y ella con voz cadenciosa
y dulcísimas palabras,
así contestó á las frases
de la prenda de su alma.
¿Nó escuchastes el valido
de una oveja estraviada,
que perdida y vacilante,
Ave Maria, clamaba?
¡Ay deja, mi dulce hijo,
deja que corra á salvarla,
ya que á mi cuidado todas
han sido por tí fiadas;
yó la tomaré en mis brazos
si de seguirme se cansa,
y con cariñoso esmero
la volveré á la cabaña;
si está enferma y abatida,
si sufre ó es desgraciada,
con el amor de una madre
enjugaré yó sus lágrimas,
convirtiéndolas en flores
que dulcifiquen sus ansias;
por que soy en este valle
la que el gran rebaño guarda,
y la pérdida me aflije
de mis ovejas amadas.

Deja que corra, bien mio,
donde su acento me llama,
que vale una oveja mucho
para dejar de buscarla:
tal vez el Lobo la ostigue,
tal vez ya clave su garra
en el vellón que su pecho
viste con ondas rizadas,
y yo puedo evitar sola
la muerte que la amenaza,
pues no en balde me has nombrado
la pastora de las almas.



LA ORACION EN EL TEMPLO.

¡Allí está Dios! la inmensa muchedumbre
puebla do quier su templo sacrosanto,
y derramando llanto,
admira la infinita pesadumbre
del increado ser tres veces santo.

¡Allí está Dios! Rodean su santuario
ángeles á millares,
y el que calma del triste los pesares
recibe la oracion en su sagrario,
que el hombre le tributa en los altares.

¡Allí está el sumo Dios! allí el cristiano
ante sus aras con piedad sencilla
reverente se humilla,
y demanda su amparo soberano
al doblar con respeto la rodilla.

Mil y mil luces de movable llama
trémulas lanzan su fulgor incierto,
y místico concierto
en el pecho derrama
bálsamo dulce de consuelo cierto.

Entre los graves cánticos, segura
el espacio cruzando,
se eleva la oracion del alma pura,
y sube hasta la altura
sobre las nubes del incienso blando.

Y entre las luces que sin fuerza brillan,
y de la sombra entre el tupido velo,
con célico desvelo,
todas las frentes con fervor se humillan
mientras el alma se dirige al cielo.

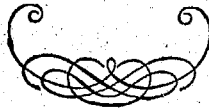
Del justo Dios para evitar agravio
ángeles mil de celestiales galas,
recogen la oracion de nuestro labio,
y la conducen en sus blancas alas
al Hacedor del universo sabio.

La religion bendita
inspira allí plegarias elocuentes
de pureza infinita;
y en torno de las almas reverentes
de Dios el santo espíritu se agita.

¡Oh! cuantos ayes de amargura intensa
entre las notas del cristiano canto,
hasta su trono santo
elevará la muchedumbre inmensa
mesclados con las gotas de su llanto!

¡Cuanta esperanza dulce y lisongera
por su amor sostenida,
halagará suave al alma herida!
¡cuanta plegaria cruzara la esfera
de la fé por las alas conducida!

Tambien yo espero, y en mi Dios confio,
tambien ante su altar doblo la frente;
¡ay! tambien reverente
de mi angustiado corazon le envío
una súplica tímida y ardiente.



PLEGARIA Y BENDICION.

Blanca azucena de gentil belleza,
tierna paloma derizada pluma,
claro raudal de mágica limpieza,
de frescas aguas y nevada espuma;
radiante estrella de inmortal grandeza,
que admira el mundo sin opaca bruma:
fuente de la piedad, Virgen Maria,
del triste amparo, y del perdido guia:

Presta, Señora, á mi mundano acento
de tu acento divino la dulzura;
ilumina mi oscuro pensamiento
con la fulgente luz de tu hermosura;
al débil corazon inspira aliento,
como le inspiras celestial ternura,
y enzalsaré tu nombre sacrosanto
al débil eco de mi pobre canto.

De Tí el Arcangel que en el cielo habita
gracia y virtudes y pureza implora,
y te llaman los Angeles bendita,
y tu inmensa bondad el cielo adora:
Tú eres nardo gentil, palma inmarchita,
mas, ¿qué podré decirte, gran Señora,
si el Supremo Hacedor, Dios hecho hombre,
te dió de madre el amoroso nombre?

Nombre tan dulce y cariñoso y santo
que ni á un el alma á comprenderlo basta,
y entre caricias de divino encanto
Dios le imprimió sobre tu frente casta.
¡Madre.....! este nombre de cariño tanto
disipa mi placer puro, entusiasta,
¿cómo hablar de su bien y su alegría
cuando casi al nacer perdí la mia?

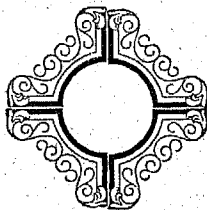
Pero tu lo serás, dulce Señora,
raudal copioso de esperanza pura,
que eres madre del huérfano que llora,
y tesoro de amor y de dulzura;
y oyes la voz del que tu gracia implora
en sus eternas horas de amargura,
que al hacerte su madre soberana,
Dios te hizo madre de la raza humana,

Tú lo serás, por que en tu régio asiento
cercada de esplendor y de grandeza,
para elevar á ti mi pensamiento,
para que tu recibas mi terneza,
no he menester vil oro, ni talento,
ni mentidos blasones de nobleza:
para tí el mejor don, la mayor palma
es el ardiente amor, la fé del alma.

Recibe pues la mia: que mi ruego
llegue á espirar tristísimo en tu oído,
bañado con mis lágrimas de fuego
y de tu amor en alas conducido:
Y hoy, Virgen pura, que á tus plantas llevo,
y que contemplo mi placer perdido,
Tú, que me ves sin bien, sin ilusiones,
madre del corazon, no me abandones.

Que tuya es mi esperanza, Virgen pura,
y cual perfume que del alma emana,
embio mis suspiros de ternura
hasta tu bella imágen soberana:
y entre la sombra de la noche oscura,
y al despuntar la luz de la mañana,
me verás repetir, madre querida,
tuyo es mi corazon, tuya mi vida

Y Tú en tanto, María inmaculada,
velarás por mi suerte desde el cielo,
y la luz celestial de tu mirada
será la blanca luz de mi consuelo:
y prendas nos daremos, madre amada,
de ternura sin fin, de santo anhelo;
yo te daré mi fé, mi amor ardiente,
y Tú, una bendición para mi frente.



La muerte de un niño.

Duerme en paz, cándido niño,
en tu helada sepultura,
que será para tu sueño
tranquila como tu cuna.
Blanco lirio, abierto apenas
en una pradera inmunda,
de la muerte el soplo airado
te robó gala y frescura,
mas sin hallar una mancha
en tus bellas hojas místicas:
Duerme, duerme, de la vida
sin comprender la amargura,
sin que turbe tu reposo
un pensamiento de angustia
que al despertar, ángel mío,
de ese sueño de ventura

que de la vida á tus ojos
el triste pesar oculta,
sino encuentras á tu lado
de tu madre la ternura,
si no escuchas las palabras
que su dulce amor modula,
¡ay! otra madre en el cielo
hallarás hermosa y pura,
cuyos ojos brilladores
el rayo del sol anublan;
que en su castísimo seno
te acogerá con ternura.
En esa mansion ¡Oh niño!
hay dichas que no se mudan,
bellas flores sin espinas
que al que las toca no punzan:
allí hay amores divinos,
exentos de afán y duda,
y allí coronas de gloria
hay para las almas justas;
mas no de esa gloria estéril
que en la soberbia se funda,
no de esa gloria que borra
del tiempo la mano ruda;
son coronas de pureza
que no se marchitan nunca.
¡Qué feliz eres! pues ángel
descendiste de la altura,
y al contemplar de la vida
el continuo afán, la lucha,
y que penas y dolores
el alma del hombre abrumen,
otra vez con tu inocencia
volviste al cielo alma pura;

¡Ay! como envidio tu sueño,
la paz de tu aislada tumba,
que te convierte en un angel
libre de mundana culpa.



A Jesus en la Cruz.

¡Tú en una cruz, Dios mio! Tú espirante
sin vida y sin aliento,
sufriendo por el hombre,
cuando ese mundo que evocó tu acento
á demostrar apenas es bastante
la cifra escelsa de tu escelso nombre!
¡Tú, muriendo por mí crucificado
del escabroso Gólgota en la altura,
y heridas, desgarradas,
las manos de que el hombre fuera hechura,
y por borrar, Dios mio, su pecado
agotando el dolor y la amargura!
¡Cuán grande es tu piedad y tu clemencia
Señor de los Señores!
Entre afan y dolores
llena de magestad y de indulgencia
tu mirada elevaste,

y entre el ronco estertor de la agonía
para los mismos que tu mal causaban
el perdón de tu padre demandaste.
¡Y en su locura el hombre
blasfema de tu nombre
y tus dolores sin piedad aumenta
sin mirar de la cándida María
el angustiado llanto,
sin escuchar su ruego,
sin ver que en su dolor y su agonía
su purísima frente
se dobla al peso de su afán doliente!
¡Pobre madre! del hijo idolatrado
mira acercarse la terrible hora,
y aquella voz á cuyo solo acento
se estremeció otras veces de alegría,
para mayor tormento,
al oír la quizá por vez postrera,
no la escucha decir un «madre mía»
¡y la llama mujer! ¡pobre María!
¿la desconoce acaso,
ó es que se olvida ya de su cariño,
de aquel amor materno
con que adoróle ella desde niño?
ay! ¿porqué el hijo tierno
en tal instante y situación tan dura,
el nombre calla de la madre pura?
¡bondad inconcebible!
¡abnegación sublime é infinita!
El Dios que dá su vida por el hombre,
siendo á su llanto y á su mal sensible,
también al espirar, para refugio
le da la madre de su amor bendita;
la madre aquella que á sus plantas llora

herido el corazon, sin esperanza,
que en su mal solo alcanza
en tan amarga hora,
á unir el llanto que sus ojos quema
con la sangre del hijo á quien adora.
Y aun quieres sufrir mas, en tuagonia
tienes sed de dolores:
Tú, Señor del consuelo y la alegría,
y por borrar del hombre los errores
aun quieres mas dolor, penas mayores.
Doblas ¡oh Dios! la frente coronada
de punzantes espinas,
se anubla tu pupila amortiguada;
tus palabras divinas
recoje el viento su revuelto giro:
de tu cariño la postrer mirada
diriges á tu madre,
y al escalar el último suspiro
el alma envias á tu Eterno padre.

.....
.....
Libre es el hombre: de Jesus amado
la sangre soberana y las bondades,
redimieron por siempre su pecado.
¡Oh! bendigan, Señor, tu santo nombre
las futuras edades,
bendiganle el presente y el pasado
ya espirando en la cruz, Dios hecho hombre,
ya Rey de la creacion, Dios increado.

Un Angel á un Niño.

No sigas ese camino
que á la perdicion te guia:
ven, que en su fallo divino,
Dios á la tierra me envia
á velar por tu destino,

Si venir conmigo quieres,
al cielo te llevaré,
siempre á tu lado estaré.
y de cándidos placeres
tu existencia cercaré.

Y en tu frente pudorosa,
si conservas tu inocencia,
pondrá mi mano afanosa
una guirnalda preciosa
que vierta divina esencia.

Te daré mis blancas alas,
y mi túnica de flores,
á tu pecho daré amores,
á tu decir daré galas
y á tu frente resplandores.

Aquí calmaré tu duelo,
si á llorar Dios te envió,
y cuando dejes el suelo,
siendo un angel como yó,
serás mi hermana en el cielo.

Vente conmigo, alma mia,
escucha por Dios mi acento,
que en el alto firmamento
ante la Virgen Maria
tienes guardado un asiento.

¡Oh! ven, deja ese camino
de terrible desventura:
sigue mi planta segura
que ignorar es tu destino
de la vida la amargura.

Y ese mundo engañador
le diera á tu confianza
un desengaño, un dolor
en cada bella esperanza,
y una espina en cada flor.

¿Tè vienes conmigo al cielo
á buscar tu galardón?
al fin dejastes el suelo,
pues los angeles no son
para este valle de duelo



TERCERA PARABLA,

(1)

Mulier, ecce filius tuus.

(*Mujer he aquí tu hijo,*)

JOAN. 19.

Junto al pié de la Cruz alza Maria
su inmaculada y amarilla frente,
y el llanto abrasador de la agonía
brota empañando su pupila ardiente:
en el rostro del Hijo con porfía
inmóvil fija su mirar doliente,
y espera con el alma desgarrada
un postrimer adios, una mirada.

(1) Leída en la sesión del Liceo, en el Viérnes de Dolores: año de 1856.

Y al fin la luz de los divinos ojos
que su esplendor al día le otorgaron,
y al estenso erial lleno de abrojos
galas con su hermosura le prestaron,
ya del dolor tristísimos despojos,
de Maria en la frente se fijaron,
mientras su labio que la muerte helaba,
«Mujer, mira á tu Hijo,» murmuraba,

Al nombre de *Mujer*, estremecida
la triste Virgen aumentó su duelo,
y brotó de su alma dolorida
ancho raudal de llanto sin consuelo:
sin esperanza en su dolor, sin vida,
alza sus ojos con afán al cielo,
y en su martirio sin igual esclama,
«Mujer y madre no... Mujer me llama!!!...

¡Mujer!... Mujer... cuando mi vida diera
por cada gota de tu sangre pura....
cuando anegan mi alma en lucha fiera
indefinibles mares de amargura....
cuando solo por tí beber quisiera
la horrible copa que tu labio apura;
cuando al pie de la Cruz temblando espero
tu última aspiración, tu adiós postrero!!!...

Mujer, cuando contigo el alma mia
está clavada en el madero santo,
y del Calvario la sangrienta via
regó con creces mi doliente llanto....
Cuando la luz de mi sereno dia
perdió en tus ojos su divino encanto....
cuando en el mundo para mi no hay calma,
me dices Tú, *Mujer*, Hijo del alma!!!...

¿En qué pudo ofenderte mi ternura,
inmaculado amor de mis amores,
que al contemplar mi afán y mi amargura
aumentas con tu acento mis dolores?
¿Por qué separas tu mirada pura
de mi marchita frente sin colores?
¿por qué en tan triste y angustioso instante
no dices, *Madre*, con tu voz amante?

¿No tomaste en mi seno forma y vida?
¿no fueron mi alegría tus hechizos?
¿no envidiaba la brisa, estremecida,
cuando besaba tus suaves rizos?
¿no cerqué tu existencia bendecida
de los cuidados á mi amor precisos,
y en el feliz Belén con dulce empeño
no guardé siempre tu inocente sueño?

¡Y de tu duelo y tu Pasion, do quiera
no he sido por mi mal mudo testigo,
y sola y triste en mi congoja fiera,
tu lenta huella en mi afliccion no sigo?
¡Oht ¿no existe una madre, una siquiera
que el llanto à compartir venga conmigo?...
No hay consuelo à mi mal.... el que me ame,
que Reina de los Mártires me llame.»

Aquella voz doliente y cariñosa
hirió del hijo el corazon amante,
y una mirada lenta y dolorosa
fijó de la Señora en el semblante;
vió su pena insondable y angustiosa,
y con voz apenada y espirante,
dijo á la triste Virgen desolada:
«sé Madre de los hombres, Madre amada:

Sé de sus noches argentada luna,
sé claro sol de sus tranquilos días,
embellece su mísera fortuna
y preside sus dulces alegrías:
sus lágrimas contando una por una,
ven á ponerlas á las plantas mías,
que si tu amor, Señora, las abona,
perlas se harán de su inmortal corona,

No tienen en el valle de la vida,
que cruzan entre afanes y dolores,
mas cierta proteccion, mayor egida
que tu santa elemencia y tus amores:
por Tí, Madre dulcísima y querida,
olvidaré su culpa y sus errores,
y á influjos de tu ruego soberano
gracia y perdon derramará mi mano.

Ya dí mi sangre, mi existir, mi aliento,
por esos hijos que te entrego ahora,
y tanto, y tanto amor por ellos siento,
que aun quiero darles mas en esta hora;
prenda de inmenso precio y valimiento
cual ninguna eres Tú, bella Señora,
y yo les doy tu amor; desde este dia
sé Madre de los hombres, Madre mia.»

La Virgen de Sion, la flor bendita,
la rosa en el Calvario deshojada,
mostró su frente pálida y marchita
en sus amargas lágrimas bañada;
y emmedio del tormento que la agita
dijo á los hombres con su voz sagrada,
«Yo os cubriré con mi divino manto,
mas hoy venid y acompañad mi llanto.

El Angel de la Guarda.

Espíritu invisible
que velas á mi lado,
espíritu sagrado,
mi eterno guardador;
de tus radiantes ojos
el resplandor divino
alumbra mi camino
con místico fulgor.

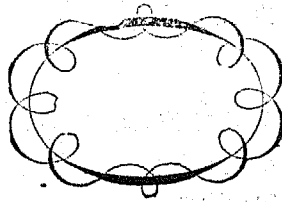
!Oh! ven; no me abandones,
tu brazo me defiende,
y en esta oscura senda
contigo marcharé.
Sí, ven, Angel hermoso,
de pecadores guía,
é inunde el alma mia
la llama de la fé.

Mis pasos vacilantes
sostenga tu clemencia,
y sé de mi existencia
amparo celestial;
à tu incansable celo
mi corazon confio;
recíbelo, Angel mio,
y apártalo del mal.

¡Ay! cubre con tus alas
mi frente sin colores,
y yo de blancas flores
la tuya ceñire:
serás mi tierno amigo,
serás mi amante hermano,
y un corazon cristiano,
bien mio, te daré.

Sobre tu frente augusta,
reclinaré mi frente,
y en ella claramente
verás mi porvenir:
porque la faz revela
nuestra inquietud ó calma;
mas ¡ay! si ves mi alma
¿que mas puedo decir?

Tú contarás mis horas,
tú calmarás mi duelo,
y tú amoroso al cielo
mis preces llevarás.
Y si mi Dios contigo
ámplo pardon me envia,
tambien el alma mia
ante El conducirás.



LAS DOCE.

Todo en silencio mágico reposa;
ni un eco se percibe ni un rumor;
la noche está serena, silenciosa,
la luna esparce trémulo fulgor.

Las doce van á dar... concluye un día...
sus horas se deslizan sin sentir...
pronto de una campana la voz fría
anunciará que acaba de existir.

¡Quién sabe si este día que perdido
contemplamos tranquilos fenecer,
un ensueño será dulce y querido
mañana en los recuerdos del *ayer*!

¡Quién sabe la agonía, la amargura
que el que llega, consigo traerá...!
¡Quién, que no será el último asegura
que vivir concedido nos está...!

¡Quién podrá desgarrar el denso velo
que cerca ese *mañana* en derredor!
¡quién su mirada elevará hasta el cielo
demandando si es dicha ó es dolor...!

¡Ab! nadie, nadie: pensamiento vano,
necia ambición que no he de conseguir,
que es insondable el encubierto arcano
de ese incierto y oscuro porvenir.

Y es horrible cruzar por un camino
sin ver á donde se dirige el pié,
guiada por un raudó torbellino
diciendo sin cesar *¿dó marcharé?*

¿Dónde me arrastra mi infeliz estrella?
¿cual mi destino en el *mañana* es...?
y una voz ¡ay! responde á mi querella
«tu pensamiento audaz inútil es.»

¡Infelice mujer...! En tu locura
quieres lo venidero penetrar...
¿Y sabes lo presente por ventura...?
¿podrás ni aun lo pasado descifrar?

No, nadie lo comprende, nadie; en vano
queremos el secreto sorprender;
todo lo que nos cerca es un arcano
en que se estrella el mundanal saber.

Porque el hombre en su frente retratada
no lleva su ventura ó su afliccion;
porque no se revela en su mirada
lo que llega á sentir su corazon.

Mas ¡ay de mí! ¿Porqué mi mente inquieta
pretende tal misterio comprender...?
Mi cabeza es de fuego... de poeta...
pero mi génio es débil... de mujer.

De mujer infeliz, que en su locura
quiso lo venidero penetrar...
¡Y sabe lo presente por ventura...!
¿Podrá ni aun lo pasado descifrar?

Pero ¡ay Dios! ya se acerca ese *mañana*;
por siempre pasa el *hoy*; en triste son
lo anuncia sin cesar de esa campana
la sonora y solemne vibración,

que dice en el espacio repetida,
«pasan las horas sin volver jamás...»
¡Un día menos en la corta vida...!
¡Hacia la eternidad un paso mas!



EL NACIMIENTO DE JESUS.

Venid, bellas coronas
tejed de puras flores,
de májicos colores
y aroma celestial.
Venid, que el dulce niño
de amor y gracia lleno,
aduerme ya en su seno
la madre virginal.

Su pobre cuna cercan
los angeles augustos,
el coro de los justos
le rinde adoracion.
Desciende de los cielos
raudales de armonia,
cantares de alegria
levanta la creacion.

Y *Hossanna* en las alturas
entonan los Querubes,
que sobre blancas nubes
bendicen su poder:
y gloria á Dios repite
el santo y dulce coro,
pulsando el harpa de oro,
con himnos de placer.

Venid, vírgenes castas,
con blancas vestiduras,
llegad, las hijas puras
de la inmortal Sion;
y al niño que ha nacido
en míseros pañales,
con ecos celestiales
rendid adoracion:

Bendita, tierno niño,
tu frente nacarada,
tu cándida mirada,
tu pura y bella faz;
bendito, Tú, que abres
las puertas de la vida,
legando en tu venida
al hombre dulce paz.

Bendita, tú, Maria,
la madre sin mancilla,
en cuya frente brilla
tu angélico pudor:
bendita tú, que eres
raudal de gracia lleno,
y aduermes en tu seno
del mundo al Salvador.



EL MENDIGO.

Solo y de harapos cubierto,
sin abrigo y despreciado,
se arrastra un ser desgraciado
de su negra suerte en pos;
mil veces en su camino
estiendo su débil mano,
y demanda de su hermano
una limosna por Dios.

Desnudo el pie pisa el suelo
áspero, y humedo, y frio,
y el soplo del viento impio
hiela su amarilla sien:
la lluvia cae á torrentes
sobre su cuerpo desnudo,
y el eco del viento rudo
hiere su oido tambien.

No encuentra una mano amiga
que le anime y le sostenga,
y á darle un consuelo venga
ó una lágrima de amor:
solo está como la noche;
triste y sombrío cual ella,
nadie escucha la querella
de su infinito dolor.

Tal vez sus hijos le esperan
solos, hambrientos, helados,
pobres seres desgraciados
que su mano tenderán,
hacia el padre desvalido
que tanto los ama y tanto,
derramando acerbo llanto
por un pedazo de pan.

Tal vez una esposa triste,
que fué bella, y que es amada,
su vuelta aguarda á la entrada
de su mísera mansión:
¿que le dirá cuando llegue
y contemple tristemente
su yerta y pálida frente
desgarrado el corazón?

¿Que responderá el cuitado
á los hijos de su alma,
si de la noche en la calma
los mira acaso llorar?
¿qué hará cuando sienta helarse
aquellos seres queridos,
y si los vé desvalidos
en sus brazos espirar?

Ya en valde llegó á la puerta
de los ricos y señores,
y un consuelo á sus dolores
vanamente demandó:
ni los restos de su mesa,
ni su deshecho vestido,
dar el culpable ha querido
al que por Dios le pidió.

Mas ¡ay! ¿que importa que el mundo
le niegue avaro un consuelo,
si el mismo Dios desde el cielo
su dolor bendecirá:
si á esos ángeles, que acaso
vé morir en su delirio
la corona del martirio
bondadosos ceñirá?

Y si el Angel de su guarda
coronado de zafiros,
vá contando los suspiros
que el triste exala en su mal,
y las lágrimas amargas
que derrama en sus dolores
las convierte en blancas flores
de hermosura celestial,

Para formar la diadema
que el Señor Omnipotente
ha de ceñir á su frente
en otro mundo mejor?
de otro mundo en que le guarda,
en su infinita ternura,
mares de inmensa ventura
por un dia de dolor.

De otro mundo donde el débil
se vé fuerte y enzalsado,
y es el soberbio humillado
por la mano del Señor:
dó la riqueza consiste
en virtudes é inocencia,
al llegar á la presencia
del supremo creador.

¡Oh! ¿qué importan los azares
que á su triste vida envia,
si es eterna la alegría
y pasajero el pesar?
Si ha dicho el Dios que en su mano
la dicha y la paz encierra,
¡felices los que á la tierra
vinieron para llorar!



UN ESPÓSITO.

Nacer para llorar...! ¡fatal destino!
tal vez un crimen me lanzó á la vida,
y formó mi existencia maldecida
condenándola siempre á padecer:
quizá sobre la frente de mi madre
un eterno baldon mi vida imprime,
y en silencio tal vez la triste gime
sin hallar un momento] de placer:

Jamás gocé en mi infancia el dulce beso
que sella de una madre la ternura,
que al nacer ¡ay de mí! la desventura
este tierno placer me arrebató:
apenas ví la luz, á llorar solo
aprendí de la vida en el camino,
que también mi tristísimo destino
á mendigar el pan me condenó.

Nunca mi madre en su amoroso seno
con tierno afán acarició mi frente,
ni sonó en mis oídos dulcemente
una palabra de piedad ni amor:
ni mis labios tampoco han pronunciado
su nombre una vez sola, pues le ignoro:
en vano por hallarla siempre lloro,
solo estaré do quier con mi dolor.

Pero no, madre querida,
no me abandones así;
vé que me diste la vida
y que te lloro perdida
desde el día que nací.

Mira el desprecio que inspiro,
mira, madre, mi baldon:
y que do quiera que miro,
nadie acoje mi suspiro
con benigna compasión.

Mas ¿qué dije? ¿en mi locura
hablé de llanto y dolor,
cuando con santa ternura
me acoje la Virgen pura
con su bondad y su amor?

¿Cuando hijo suyo me llama
con su labio virginal,
porque á los huérfanos ama,
y en ellos aun mas derrama
su influencia celestial?

Ella al niño que es amado,
deja al amparo de Dios,
y protege al desgraciado;
¡ay! el mas afortunado
sin duda soy de los dos.

Mas si eres, madre, dichosa,
si olvidaste mi dolor,
y á otro hijo cariñosa
le prodigas amorosa
mil y mil besos de amor;

Que mi bendicion te abone,
si tu pecho me olvidó;
que la dicha te corone,
y que el cielo te perdone
como te perdono yó.

EL ANGEL CUSTODIO

A LOS S. S. DOÑA J. C. Y DON D. R.
en la muerte de su hijo.

Padre infeliz que sin consuelo lloras,
madre afligida y amorosa y tierna
¿cuál es la causa que os arranca hoy
lágrimas lentas?

¿Es por que el hijo que encantó los días
de esa existencia que cruzais unidos,
hoy en los brazos de la muerte duerme
livido y frio?

Si esa es la causa de dolor tan hondo,
cese el afan de vuestro amante pecho,
ya que su alma bendecida sube
plácida al cielo.

Dios á la tierra me mando á guiarle,
El en el mundo me fió su guarda,
y hoy á sus pies encaminé sus breves
déviles plantas.

Yó mi corona de inmortal pureza
puse en su jóven y marchita frente;
yo le he ceñido mi brillante y casta
Túnica leve:

Yó le dí blancas y suaves alas,
yo dí fulgores á sus ojos bellos,
yo dí á sus labios entre aroma grato
plácido acento:

Y hoy á su entrada en el brillante empíreo
himnos de gloria y de placer levantan,
llenas de amor, en armonioso coro
Vírgenes castas.

Cese ya el duelo que os oprime ahora,
y ajan las flores que su frente ciñen,
esas que el alma en su dolor derrama
lágrimas tristes:

Ambos unidos en el cielo estamos,
juntos velando por vosotros siempre;
siempre á la Virgen amorosa alzando
súplica ardiente.

Cese ya, cese, la terrible angustia
que ora os destroza sin piedad el pecho:
Dios nos concede que desde hoy seamos
Angeles vuestros.



EL NARDO.

Flores que ufanas en el verde tallo
gratos perfumes derramais sin cuento,
y que os meceis con lánguido desmayo
al débil soplo del dormido viento:
las que colora el sol con blando rayo,
abre la primavera con su aliento,
y á quien prestan, por mas embellecerlas,
la brisa aromas y el rocío perlas:

Una vengo á buscar á vuestro lado
de suavísima y pálida belleza,
cuyo seno amarillo y delicado
coronan el encanto y la pureza:
desplega su capullo perfumado
cuando lleno de luz el día empieza,
y de tierno cariño haciendo alarde
la acarician las auras de la tarde.

Brille en buen hora la encendida rosa
de bellísimas hojas purpurinas,
que si es encantadora, si es hermosa,
cercada está de pérfidas espinas:
la azucena gentil y pudorosa
guarde altiva sus galas peregrinas;
hoy otra flor emblema de amor santo
viene á inspirar las notas de mi canto.

Gentil, modesta y delicada y pura,
yo la proclamo reina de las flores,
porque es ante mis ojos su hermosura
recuerdo de perdon, signo de amores:
si, que entre ardiente llanto de amargura
y suspiros de fuego abrasadores,
vertió su esencia de esperanza llena
á los piés de Jesus la Magdalena.

Cuéntame ¡Oh Nardo! el infinito duelo
de aquel ardiente corazon herido,
cuando trocó por el amor del cielo
su amor mundano y su placer mentido:
cuéntame la amargura y el desvelo
de aquel pecho agitado, estremecido,
cuando en él con afan por vez primera
la conciencia elevó su voz severa.

Cuando al fijar inquieta la mirada
sobre el incierto porvenir sombrío,
solo pudo encontrar horrorizada
llanto, y remordimientos, y vacío:
y su alma inmensa para amar creada,
con ardiente éspansion, con desvario,
hallando estrecho y miserable el suelo,
salvó el espacio y se elevó hasta el cielo.

Tú sin duda en tus hojas sin colores
recogiste las gotas de su llanto;
llanto de contricción, llanto de amores,
que cobraba en sus ojos nuevo encanto:
que al derramar del alma los dolores
á las plantas del Dios benigno y santo,
le hizo decir para calmar tal pena,
»vete en paz y no llores Magdalena.»

¡Oh! si en tu cáliz bello y perfumado
aun guardas, flor divina, con tu esencia
el eco leve y mágico y sagrado
de aquel acento de sin par clemencia;
y si al legarte el viento enamorado
las auras que refrescan tu existencia,
lleva perdidos en sus vagos giros
perfumes empapados en suspiros;

¿Quién podrá disputarte flor del alma,
el título de reina de las flores?
¿quién, nardo, dime, negará la palma
al simbolo gentil de los amores?
y si tu al corazon vuelves la calma
del cielo recordando los favores,
¿no te podré llamar con fé segura,
la rica flor de la esperanza pura?

Sí, lo eres, bello nardo; y yo te adoro
como el hijo á la madre ya perdida:
ven, y el aroma de tu cáliz de oro
embálsame las horas de mi vida:
¡oh! yo por riego te daré mi lloro
y mi aliento por brisa apetecida;
ven, y en el alma guardaré tu esencia,
con mi amor, mi esperanza, y mi creencia.



A la Purísima Concepcion de María,

*en la función que dedicó á la misma la Real Maestranza
de Granada.*

*In conceptione tua, Virgo,
immaculata fuisti.*

Del sumo Dios al poderoso acento
se alzó la creacion del hondo caos,
y *El* dió vida á los hombres, les dió aliento
y les dijo «creced, multiplicaos.»

Mas el genio fatal de la impureza
batió sus alas por el ancho mundo,
y estinguió la inocencia, la belleza,
al negro soplo de su aliento immundo.

Desde entonces del hombre fué el destino,
concebido nacer en el pecado,
y á regar con su llanto su camino,
y á vivir entre afan fué condenado:

Un alma solo, pura, inmaculada,
del creador en la mente concebida,
y por su amor purísimo formada
antes de ser la culpa cometida,

Su primitiva angélica inocencia
y su eterno candor guardó intachable;
divina flor que conservó su esencia
creciéndo en una tierra miserable.

Una mujer de quien la luz el día
tomó en el brillo de sus claros ojos
llegó al mundo á habitar; era Maria,
blanca azucena que brotó entre abrojos:

Dios la colmó de bendiciones tantas,
y tantos dones otorgó en ellas,
como la estensa tierra tiene plantas,
como arenas el mar, el cielo estrellas.

Y ¿cómo no, si de su tierno seno
vida y morada á requerir venia?
¿si de respeto y de cariño lleno
la iba á decir su labio «Madre mia»

Por eso dió á su boca los colores
de la aromada y encendida rosa,
y del alva los púdicos fulgores
á su mirada casta y amorosa;

E hizo su frente pura tan brillante
como el rayo del sol que el campo oreo;
perfecta la creo, tierna y amante,
y erguida cual las palmas de Ydumea.

Dióle del sinamomo el grato aroma,
la hermosura gentil de la azucena,
la tierna sencillez de la paloma,
de amor constante y de esperanza llena.

Y porque fuese emblema de pureza,
porque fuese sin mancha concebida,
le otorgó con su amor nueva belleza
dándole con su aliento ser y vida.

Y si el humano entendimiento rudo
no puede definir misterio tanto,
la fé le gritará «Dios quiso y pudo,»
respetar pues su fallo sacrosanto.

Mas ¿quién un solo instante habrá dudado
que pura fuese de su Dios la Madre,
la esposa del espíritu sagrado
la hija escogida del Eterno Padre?

Nadie: en mi Patria noble y adorada
bendicen por do quier con regocijo
su pura Concepcion inmaculada
y el nombre augusto de su escelso hijo.

Vuelve pues, tu, bellisima Señora,
esa mirada angelica y divina,
y veras á tus pies en esta hora
la flor de la nobleza granadina.

Mira cual hoy en su efusion te aclama
encanto puro del celeste coro,
y en tus altares pródiga derrama
lágrimas, flores y riquezas y oro.

Que esos fieles y apuestos caballeros
que visten con orgullo tus colores,
juraronte en la cruz de sus aceros
ser por tierra y por mar tus defensores:

Y dó quier sostener con hidalguía
tus misteriosas escelencias dobles:
y así lo cumplirán, dulce María,
porque son españoles y son nobles.

Oh! mira su entusiasmo, vé su celo;
no es necesario que al pasado apeles
para saber, Emperatriz del cielo,
que aun en mi Patria tienes hijos fieles.

Que al ver el esplendor y la grandeza
de que hoy, Señora, rodeada has sido:
al mirar el tributo de terneza
que de su fé y su amor has recibido;

Sobrecogida de estupor profundo
el alma se pregunta con anhelo,
si, *Tú*, María, descendiste al mundo,
ó á admirarte subimos á tu cielo.

Ellos todo lo hicieron, y pues tanto
se afanan por la gloria de tu nombre,
cúbrelos, *Tu*, con tu celeste manto
mientras habiten la mansion del hombre:

Y al dejar este valle de amargura,
donde nada, Señora, nos sonríe,
el esplendor que en tu mirar fulgura,
su senda alumbra, y á tus pies los guía,



A UNA HERMANA DE LA CARIDAD.

¿Donde vas, niña inocente?
¿dó tiendes tu blando vuelo,
casta paloma del cielo,
fresca y peregrina flor?
¿por que dejas de tus lares
la ventura y las delicias?
¿por qué dejas las caricias
de la madre de tu amor?

¿Por qué dejas de la vida
los placeres, la belleza,
y el estruendo, la riqueza
y las galas del festin?
¿no sabes que eres hermosa
y que el mundo que abandonas,
ceñirá blancas coronas
á tu frente de jazmin?

¿Ignoras, dí, que en él fueras
de cien galanes amada,
que siempre será admirada
tu hermosura y tu candor:
que doquier los trovadores
cantarán en dulces liras
tu tristeza, si suspiras
y si sonries tu amor?

¿Dónde vas? por qué tu frente
ocultas bajo ese velo,
y huyes del nativo suelo,
y huyes del paterno hogar?
Ya no podrás de la tierra
levantar tus ojos bellos,
no podras en tus cabellos
una rosa colocar.

¿Dó vas, do vas en tu anhelo,
pobre pájaro perdido,
y abandonas ¡ay! tu nido
para nunca mas volver;
y no brota ni una lágrima
de tu brillante pupila,
y tu blanca faz tranquila
no conturba el padecer;

Y al dejar tu patrio suelo
sin temores ni pesares,
al cruzar los anchos mares
del lijero viento en pos;
llena de fé y entusiasmo
se eleva tu voz segura
saludando con ternura
la dulce madre de Dios?

¿Quien tal decision te inspira?
¿quién, dime á tu jóven alma
presta el valor y la calma?
¿quién guia tu voluntad?
Es que un ángel bondadoso
de piedad y de amor lleno,
la llama encendió en tu seno
de la ardiente caridad

Y á su resplandor divino
dejaste dicha y amores
y fuíste á buscar dolores
y amarguras que calmar.
¡Oh! cuanta fatiga, cuanta
tu virtud pura acrisola!
nunca una lágrima sola
dejaste por enjugar.

Junto al lecho del enfermo,
en sus horas de agonía,
te sorprende el claro día,
te halla la noche también;
siempre su dolor calmando,
siempre su fé sosteniendo,
imágen divina siendo
del ángel santo del bien.

El huérfano separado
del blando seno materno,
halla en tí el afecto tierno
que el destino le negó;
que al abrir sus bellos ojos,
tu cariñoso desvelo,
amante le muestra el cielo
dó hallará fin su dolor.

El cielo que en tí derrama
sus bendiciones divinas,
y en esa senda de espinas
sostiene tu frágil pié;
el cielo que escucha siempre
tus purísimos acentos,
y que vé tus sufrimientos
y tu ardiente celo vé.

Sigue tu mision sagrada,
bella hermana de los àngeles,
y sostengan los arcàngeles,
tu inmaculada virtud;
tu virtud acrisolada
en las pruebas de la vida,
tu virtud, bendita egida
de tu bella juventud.

Y cada gota de llanto
que enjugues en tu camino,
cada consuelo divino
que en torno viertas de tí;
cada bendicion que el triste
te prodigue cariñosa,
cuando calmes bondadosa
su doliente frenesi:

Sea una brillante hoja
de la soberana palma
que adorne tu vírgen alma
en la inmensa eternidad:
y al ser por Dios colocada
en tu castísima frente,
sea emblema de tu ardiente
y sublime caridad.

TEMPESTAD Y CALMA.

La tierra entre la sombra
se encuentra sumergida,
la noche oscura tiende
su fúnebre capuz,
mas grato y mas ansiado
del alma dolorida
que el día con su encanto
sus ruidos y su luz.

El brillo del relámpago
sinistro y azulado,
reemplaza de la luna
el pálido fulgor;
y en vez de hallar el cielo
de estrellas tachonado,
se vé de pardas nubes
cubierto en derredor.

La lluvia trasparente
menuda y destrenzada
que llega silenciosa
la tierra á humedecer,
semeja el triste llanto
del alma acongojada,
bendito don del cielo
que endulza el padecer.

El eco misterioso
del agitado viento,
que lleva entre sus alas
la horrible tempestad,
remeda de una tumba
tristísimo lamento,
que vaga en el espacio
de inmensa soledad

El agua de los mares
revuelta y agitada,
pretende con sus olas
las nubes trasmontar;
y azota impetuosa
la nave destrozada,
que vaga sin refugio
perdida por el mar.

En valle de los náufragos
se escuchan los jemidos,
son vanos sus esfuerzos
y vano su terror:
sin brújula y sin velas
se encuentran ¡ay! perdidos;
La muerte solo miran
cercana en derredor.

La noche con la sombra
de su enlutado velo,
aumenta mas la triste
y horrible confusion;
que ni una estrella sola
mostrándose en el cielo,
alienta la esperanza
del pobre corazon.

¡Ay! ya la pobre nave
sin duda está perdida:
ya alzada entre las olas
altísimas se vé,
ó ya hasta los abismos
se mira sumergida,
teniendo las espumas
por lecho y por dosel.

¿Dó irá? ¿cual su destino
será en los anchos mares,
que cruza combatida
del recio vendaval?
emmedio los peligros,
emmedio los azares,
sin puerto ni ribera
sin rumbo por el mar.

Mas ¡ay! piadoso el cielo
con su bondad divina,
de aquellos tristes seres
las preces escuchó;
y entre las densas nubes,
la estrella matutina
allá en el firmamento
tranquila apareció.

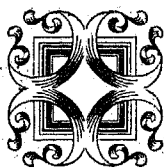
Huyeron las tinieblas,
cesó del ronco trueno
la voz que repitiera
airado el aquilon;
las aguas agitadas
durmieron en el seno
del ángel que las guarda
por orden del Señor.

Brilló la luz del alba
tranquila y pudorosa,
velada por encajes
y ráfagas de tul:
y en tanto la esperanza
purísima y hermosa,
iluminó del cielo
el trasparente azul.

Así es nuestro destino;
¿sabe nuestra vida
la frágil nave cruza
por el revuelto mar,
de míseros escollos
y vientos combatida,
oyendo las tormentas
do quiera resonar.

Hasta que allá en el cielo
fijamos la mirada,
cual en seguro puerto
de ansiada salvacion;
y Dios nos dá la calma
tranquila y anhelada,
en brazos de la augusta
divina religion.

¡Ay! yo, Señor, emmedio
del mar en que camino,
dirijo á tí mis ojos
é imploro tu piedad:
que Tu eres la esperanza
del triste peregrino,
y brilla en tu mirada
tu omnimoda bondad.

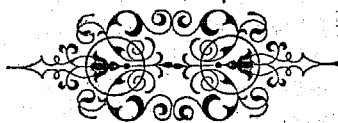


AL PORVENIR.

Quien eres? donde estas? ¿porque velado
entre negros crespones,
siempre á mis ojos la verdad ocultas?
oh! ¿por qué despiadado
mi eterno afan y mi delirio insultas?
por que burlas mis bellas esperanzas,
haces mi sueño vano,
y al ir asirte trémula mi mano,
mas y mas lejos sin piedad te lanzas?
Una vez y otra vez con loco anhelo
luché con mi impotencia,
ansiando desgarrar el denso velo
que embuelve el *mas allá* de mi existencia;
te llamé con acento delirante,
hacia á ti con afan tendí las manos,
y dirijí mis ojos anhelante,
mas siempre fueron mis esfuerzos vanos:
mis manos al cerrarse nada hallaron,

y mis cansados ojos
oscuridad do quier solo encontraron.
Triste ley en verdad, sino menguado:
¿donde existe del hombre el poderio,
señor de la creation apellidado?
¿en donde existe su mentida ciencia,
si en su afan incesante
trocar no puede su destino impio,
ni romper el misterio
que cerca por do quiera su existencia?
de su mañana y de su ayer ¿que tiene
en el hoy de su vida?
de ayer, solo un recuerdo, sombra vana
que guarda el pensamiento;
y del triste mañana
una esperanza de placer mentida;
mentida, sí; las flores nacaradas
que encuentra de su vida en el camino
brindandole su aroma y sus colores,
rosas de un dia son, mentidas flores
que al siguiente perecen, dosojadas
por el viento fatal de los dolores.
¡Oh; si Dios en su sabia omnipotencia
puso al crear el mundo
un límite á la humana intelijencia;
si dijo al hombre con potente acento,
«vive y el fin de tu existencia ignora;
y ten únicamente,
del pasado el recuerdo, y del presente
la realidad fatal ó halagadora;
mas no intente jamas tu pensamiento
saber el porvenir: yo por tí velo,
y solo comprenderle á mi me es dado.
Vé, y por la estrecha senda de la vida

camina sin recelo
en mi justicia y mi bondad fiado;»
¡Porque te afanas pensamiento mio
si nunca alcanzarás lo que ambicionas!
Oh! sigue, sigue porvenir sombrío
ocultando á mis ojos
la realidad que descubrir ansio;
no me rebeles nunca ese mañana
de mi cansada vida;
deja cruzar de mi existir la nave,
siempre por la borrasca combatida,
si en los brazos de Dios, amparo cierto
al fin ha de encontrar seguro puerto.

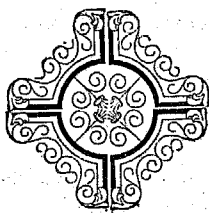


EN LA TUMBA DE MI AMIGA MARIA.

Nacistes, y las estrellas
dieron luz á tu mirada,
de la rosa perfumada
tomó tu lábio color:
dió su cándida pureza
á tu frente la azucena,
y á tu mirada serena
prestó el cielo su pudor.

Pero ¡ay de mí! pasó un día,
y la flor suave y pura
de tu plácida hermosura,
deshojada pereció;
que la muerte despiadada
colocó en ella su mano,
y su encanto soberano
vida y frescura perdió.

Mas el Angel de tu guarda
recojió su pura esencia,
y la llevó á la presencia
de la madre del Señor;
allí vive entre los coros
de los sagrados Arcángeles,
que las almas de los Angeles,
para este mundo no son.



CANTO A LA VIRGEN
Imitacion del Te-Deum.

A Tí, Reina, y Señora
del cielo y de la tierra,
á Tí, flor regalada,
de la inmortal Sion;
á Tí con la fé pura
que el corazon encierra,
rendimos homenaje
y humilde adoracion.

A Tí, luz de la vida,
veneran los Arcángeles,
y con divino anhelo
se postran á tus pies;
a Tí, blanca azucena,
te dan su amor los Angeles,
y bendecir tu nombre
su noble orgullo es.

A Tí piden amores
los bellos serafines,
y piden su luz pura
á tu brillante luz;
á Tí el suave coro
de alados Querubines,
te llama dulce madre
del que murio en la cruz.

Las célicas virtudes
alaban tu pureza,
los santos Patriarcas
vendicen tu piedad;
el coro de Profetas
admira tu grandeza,
las Vírgenes envidian
tu firme castidad.

Los Mártires te invocan,
dulcisima Maria,
los doctos Confesores
demandan tu favor;
y Apostoles y justos
radiantes de alegría,
publican tu excelencia
con canticos de amor;

El sol pide á tus ojos
sus rayos brilladores,
la luna á tu mirada
su dulce castidad:
á tus hermosos labios
su bálsamo á las flores,
y tálamo á tu pecho
la augusta Trinidad.

Que Tu eres hija amada,
vendita por el padre,
dotada por su mano
de gracia sin igual;
y Tú del mejor hijo
la inmaculada madre,
y Tú, del Santo-Espíritu
la esposa celestial.

Por tú hijo, madre y fuente
de la divina gracia,
el hombre redimido
de su pecado fué;
y tú enjugas su llanto
y alivias su desgracia,
si á Tí eleva su ruego
y en tí pone su fé.

Que si la pura sangre
del Dios crucificado
selló siglo de siglos
la humana redencion,
tus lágrimas lavaron
tambien nuestro pecado,
y el dulce signo fueron
de paz y salvacion.

Y Tú, Reina y señora,
sobre las blancas nubes,
que sirven para alfombra
de tus divinos pies;
de sóles coronada,
servida por querubes,
el corazon del hombre
y su amargura ves.

Y con bondad inmensa,
y con afan prolijo,
acoges su plegaria
si el alma la dictó;
y dulce medianera
suplicas á tu hijo,
perdone á los que un día
su sangre redimió.

Si, ruegale ¡oh Maria!
que si tu voz resuena,
¿que habrá que no conceda
cuando te adora así?
Tu nombre el universo
de sus encantos llena,
y el Universo te ama
con santo frenesí.

Que Tú eres hija escelsa,
vendita por el Padre,
dotada por su mano
de gracia sin igual;
y Tú del mejor hijo
la immaculada madre,
y Tú del Santo-Espiritu
la esposa celestial.



Un Recuerdo.

¡Cuán sombría está la tarde!
las nubes cubren el cielo
y extienden su negro velo
hasta el pobre corazon;
en breve de una campana
la voz metálica y fria
hará sonar, madre mia,
la lejana vibracion.

¡Ayl! esos ecos sonoros
al espirar en mi oido,
de tu recuerdo querido
tambien mensajeros son:
madre mia, si en tu mundo
tambien se piensa y se siente,
si el recuerdo dulce, ardiente,
guardar puede el corazon;

Acoje tú el pensamiento
que el alma triste te embia,
al brillar un nuevo día
tan sombrío para mí;
bien sabes que cada uno
que luce sobre mi frente,
tengo una lágrima ardiente
y un suspiro para tí.

Bien sabes que cada hora
que pasa en mi triste vida,
mas tu memoria querida
se grava en mi corazon.
¿Por qué es esto, dulce madre,?
¿por qué, si mas tiempo pasa
mas tu cariño me abrasa
y es mas grande mi afliccion?

¡Ay! yo comprender quisiera
como á las madres se adora,
y no saber cual se llora
en medio de la horfandad;
esos seres que reciben
de una madre la ternura,
cuanto ¡oh Dios! en su ventura
bendecirán tu bondad.

Yo trocará, madre mía,
los ensueños de mi mente,
mi pasado, mi presente
y mi incierto porvenir,
porque una vez en mis ojos
se fijase tu mirada,
de ese cariño impregnada
que embellece el existir:

Por un beso que tu labio
sobre mi labio posara,
aun cuando mi aliento helara
con su frío sepulcral.
Pues ¿que importan de la vida
la ilusión ó las delicias,
ante las santas caricias
de un corazón maternal?

¿Qué importa, dí, que mi alma
deje esta mansión de un día,
si me aguardas, madre mía,
en otro mundo mejor?
espera un momento, espera;
guía mi planta insegura,
é iré á buscar la ventura
entre tu infinito amor.

En la festividad del Corpus Cristi.

Mirad las blancas nubes
en trono azul trocándose,
el ancho espacio cruzan
tràs una la otra en pòs;
y del empyreo cielo
con rapidés lanzándose,
nos muestran refulgente
en trono escelso á Dios;

Que baja hasta la tierra
entre su córte angélica,
y de querubes nitidos
regiones mil y mil,
que esparcen presurosos,
ante su planta célica
las flores olorosas
que brotan en abril.

Brillantes pabellones
ofrecénle los angeles,
con sus pintadas alas
de plata y carmesí;
y sus doradas harpas
pulsando los Arcángeles,
en cánticos sonoros,
le dicen: «gloria á tí.»

Hosanna á Tí, Dios mio;
á tus piés adorándote
hoy ves, Señor, postrada
la inmensa creacion:
y lágrimas y preces
humilde tributándote,
rogando las acojas
con santa compasion.



SALMOS DE DAVID.

Imitacion.

Señor, Señor, del fondo de mi nada
llego á elevar á tí mi voz doliente,
dirige en tu bondad una mirada
sobre mi jóven y abatida frente.

Apiádate de mí, Dios infinito,
no me castigues en tu justa ira,
que enfermo está mi corazon contrito
y el alma mia ante tus piés suspira.

Vuelve la luz de tus radiantes ojos
hácia el fondo insondable de mi alma,
y sálvame, Señor, de tus enojos,
y al fin encuentre la perdida calma.

Yo clamo á Tí cuando despunta el día,
cuando derrama el sol su lumbre pura,
y te invoca mi labio en su agonía
entre la sombra de la noche oscura.

Apartaos de mí, los que al olvido
dais de mi Dios el nombre sacrosanto,
huid de aquí, que en su bondad ha oído
la triste voz de mi continuo llanto.

El escuchó mi ruego; en su clemencia
acogió mi oración pura y ferviente,
y salvó del pecado mi existencia
y separó el castigo de mi frente.

Dichosos ¡ay! los que en su afán lloraron
las culpas que en la tierra cometieron,
y cuando á tí, Dios mío, se acercaron
ámpio perdón contritos recibieron.

Yo sentí el corazón desfallecido,
lleno de intenso afán y de amargura,
por las espinas del pecado herido
entre la senda de la culpa impura.

Entonces corrí á tí, Dios poderoso,
y confesé mi falta en tu presencia,
y tú, Señor, clemente y bondadoso
revocar te dignaste mi sentencia.

Tú eres, Señor, mi bien y mi esperanza,
la dulce paz del alma y su alegría,
tú eres, Señor, el astro de bonanza
del mar inquieto de la vida mia.

Estad tranquilos los que en Dios fiais,
que al fin misericordia lograreis,
los que su santo amparo demandais
esperad, que su gracia alcanzareis.

Deten, Señor, tu poderosa mano,
no me castigues en tu justo enojo,
oye la voz del corazón cristiano;
no á tu justicia, á tu piedad me acojo.

Mírame de pesares abrumado,
sin luz mis ojos, su mirar doliente,
vé al recuerdo no mas de mi pecado,
el profundo pesar que el alma siente.

Yo he doblado mi frente dolorida
bajo el peso fatal de mi tormento,
que la desgracia acompañó mi vida,
y vago errante sin valor ni aliento.

Escúchame, Señor; ante tus ojos
tienes mi corazon y mi deseo:
oye mi voz que ante tus piés de hinojos
espero en Tí, y en tu clemencia creo.

Y se agotan mis fuerzas, y abatido
latir mi corazon apenas siento,
está con su dolor de muerte herido
y sin vida, y sin voz, ni pensamiento.

Oh, duélete, Señor, de mi agonía,
y separa tu faz de mi delito:
no rechaces severo el alma mía;
sálvame por piedad, Dios infinito.



IMITACION DEL SALMO 50.

Señor, piedad, misericordia imploro
segun la magnitud de tu clemencia:
óyeme ¡oh Dios! que tu poder adoro
y me prosterno humilde en tu presencia.

Lávame mas y mas de mi pecado,
borra la iniquidad del alma mia,
porque á mi corazon atribulado
hiriendo siempre está mi culpa impia.

Pequé contra tí solo, Dios potente,
y á tu vista hice el mal: perdon te pido,
oye mi triste voz, y así clemente
por doquiera serás reconocido.

Tú lo sabes, Señor, nací manchado,
entre culpas sin fin me concibieron,
y siempre los caminos del pecado
mis pasos ¡ay! para mi mal siguieron.

Si del hijo del hombre es el destino
una senda cruzar, de afan y luto,
yo ya regué con llanto mi camino
y pagué de dolores el tributo.

Mas Tú me salvarás; sobre mi frente
derramarás tu celestial rocío,
y quedará borrada eternamente
la negra mancha del pecado mio:

Y al corazon devolverás la calma
y la paz anhelada y el contento,
y pura y limpia dejarás mi alma
al escuchar mi dolorido acento.

Aparta tu mirada del delito
que manchó mi conciencia en mi impureza,
crea en mí un corazon santo, infinito,
que sepa comprenderte en tu grandeza.

No me arroje de tí tu santa mano,
y da tu santo espíritu á mi mente,
y grabaré tu nombre soberano
de los impios en la impura frente.

Librame en tu bondad ¡oh Dios! Dios mío!
de que haga contra tí nuevas maldades,
y ensalzaré tu inmenso poderio;
bendecirán mis labios tus bondades.

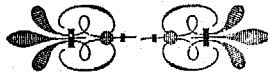
Moverá tu poder mi lengua humana
y elevaré mi voz en tu alabanza,
que eres la paz del ánima cristiana,
y el iris bienhechor de la bonanza.

¿Qué te puedo ofrecer en mi pobreza,
que acojas con bondad, Dios infinito?
Si nada hay digno en mí de tu grandeza,
pongo á tus piés mi corazón contrito.

Y no despreciarás, padre amoroso,
un espíritu triste y humillado,
que el don ante tus ojos mas precioso,
es el de un corazón atribulado.

Dirige una mirada cariñosa
á la inmortal Sion, y engrandecida,
nuevos muros verás que alza orgullosa
la gran Jerusalem cobrando vida.

Entonces sacrificios y alabanzas
te ofrecerán los puros corazones,
y tu coronarás sus esperanzas,
si aceptas sus ofrendas y oblaciones.



LA VOZ DEL ALMA.

¿En dónde, en dónde estás, Dios infinito?
¿dónde tienes tu asiento y tu morada?
¿dónde recibes, Hacedor divino,
del corazon cristiano la plegaria?
¿en dónde estás, Señor? ¡Oh! yo mil veces
he dirigido ansiosa la mirada,
intentando romper el denso velo
que á mis humanos ojos te ocultaba;
mas, en vano: doquiera tu presencia
encontraba á mi paso retratada,
mas no en la plenitud ni en la grandeza
que yo, potente Dios, la imaginaba.
Yo he buscado la lumbre de tus ojos
del rojo sol en la encendida llama,
y al estallar el trueno embravecido,
busqué el acento de tu voz airada.
Si el huracan silbando en torno mio

un instante mis sienes azotaba,
tu aliento busqué en él, y detenerle
intentó con afán mi mano helada:
mas, en la luz del sol fijé mis ojos,
oí la voz del trueno que zumbaba,
y sentí resbalar sobre mi frente
del vendaval las poderosas alas;
y una voz en el fondo de mi pecho
deshaciendo mi mágica esperanza,
«¡es mas grande mi Dios!» dijo á mi oído,
y, «¡es mas grande mi Dios!» dijo mi alma.
Entonces con anhelo, tu presencia
busqué en la pura luz de la mañana,
y de la brisa en el suspiro leve,
y en la flor hechicera y perfumada,
y en la bóveda azul del limpio cielo,
y del tranquilo mar sobre las aguas:
mas en vano, Señor, que por doquiera
aquella misma voz siempre escuchaba,
que, es mas grande tu Dios, me repetia,
y, es mas grande mi Dios, decia el alma.
Entonces suspiré con amargura
y perdí de encontrarte la esperanza,

.....
¡Ay! un día la senda de la vida
doquier de abrojos encontré sembrada,
que al triste corazón de muerte hirieron
y desgarraron sin piedad mi alma:
busqué una mano compasiva y tierna
que el llanto de mis ojos enjugara,
mas no la hallé: ni un soplo de la brisa
acarició mis sienes abrasadas,
ni un ¡ay! de compasión le debí al mundo,
ni un suspiro de amor, ni una plegaria.

Pero no estaba sola, no, Dios mio,
porque al través de mis dolientes lágrimas,
te ví grande, potente, bondadoso,
dentro del corazon que te invocaba:
allí te ví magnánimo, infinito,
cual te soñó mi mente fascinada,
y yo que en vano te busqué anhelante,
yo te encontré, Señor, en la desgracia;
y tu voz escuché, voz misteriosa,
sin acento, sin eco, sin palabra.
que hizo brotar del corazon herido
la luz de la divina confianza,
Yo que á este mundo en mi dolor acerbo
ya ni un ¡ay! de piedad le demandaba:
yo que incliné mi frente sin colores
de aquella lucha desigual cansada,
cuando escuché tu voz, sentí de nuevo
acudir á mi pecho la esperanza:
lleno mi corazon de fè divina
caí, Señor, de binojos á tus plantas,
y hasta tu trono con ferviente anhelo
elevé mi oracion atribulada.
Y te encontré, Señor, tierno y amante;
allí á mi lado con amor velabas,
disipando las sombras de la duda
con la radiante luz de tu mirada.
¡Yo te encontré, Señor! benditas sean
las tristes horas de mi pena amarga,
que en su divina plenitud me hicieron
encontrar á mi Dios en la desgracia!

Una Violeta.

Flor de divino perfume,
mas que otras flores hermosa,
¿por qué aquí tan pudorosa
vienes tu gala á ocultar?
¿Por qué, dí, violeta pura,
vivir ignorada quieres,
y en esta tumba prefieres
tus aromas exhalar?

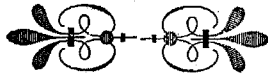
¿No ves que en esta morada
solo se encuentran dolores?
vete á lucir tus primores
en algun jardin ¡oh flor!
¿Piensas tú que en un sepulcro
tendrás perlas de la aurora?
no, violeta, aquí se llora
mas lágrimas de dolor.

¿Ignoras que aqui se encierran
los restos que adoro tanto,
ó es que lo sabes y el llanto
quieres conmigo partir?
inclina entonces tu tallo
y derrama tu rocío,
y yo podré con el mío
tu lloro tambien unir.

Que no es del alba esa perla
tan pura, tan cristalina,
que en tu cáliz, flor divina,
límpida y clara se vé;
es una lágrima ardiente
que mi pupila brotaba,
y mi mejilla quemaba
cuando en tí la derramé.

Una gota de amargura
que rebose de mi alma,
cuando apenada y sin calma
sentí herido el corazón,
y al buscar un ser amigo
á quien contar mis dolores,
por modesta entre las flores
tú fijaste mi atención.

Mas si acaso te marchita
esa lágrima que sola
en tu cándida corola,
pobre violeta, verti ;
ven te guardaré en mi seno
como memoria preciosa,
pues aunque marchita, hermosa
siempre serás para mí.



MAGNIFICAT.

Al señor de la tierra y el cielo
engrandece feliz, alma mia,
que de santa y divina alegría
inundado se encuentra mi ser:
pues al ver la bondad del Eterno,
en el fondo del alma le admiro
y del pecho se escapa un suspiro
de ternura y de inmenso placer.

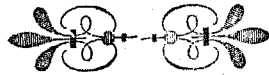
Yo entre todas fijé su mirada,
fui por él entre mil preferida,
y en mi seno tomó forma y vida
sin manchar mi candor virginal.
Y llenóme de gracias y dones,
me elevó sobre toda criatura,
y premiando mi casta ternura
concedióme su amor celestial.

A mi voz á sus hijos bendice,
à mi ruego el pecado perdona,
porque al hombre mi súplica abona
y es su egida mi cándido amor:
y por eso mi nombre suave
à su nombre glorioso reunido,
por doquiera será bendecido,
y ensalzado será mi candor.

Por mi amor en su diestra potente
suspendido se queda el castigo,
y se torna de juez en amigo,
y en clemencia convierte el rigor:
del avaro falaz y orgulloso
destruyó la mentida riqueza,
y al que humilde vivió en la pobreza
le colmó de poder y esplendor.

Su grandeza y piedad infinita
aun haciendo por mí mas estensa,
à su cargo tomó la defensa
de la fuerte y dichosa Israel:
y de Abraham á los hijos felices
los bendijo tambien en mi nombre,
porque el hijo de Dios hecho hombre
siempre escucha mi suplica fiel:

Y por eso con cantos de gloria
cielo, tierra, criaturas y flores
al Supremo Señor de señores
benedicidle conmigo tambien:
pues al ver la bondad del Eterno
en el fondo del alma le admiro
y del pecho se escapa un suspiro
de ternura y de inmenso placer.



DOS DE NOVIEMBRE.

Brota del corazon hondo gemido,
lágrimas tristes que la faz me queman,
el monótono son de esa campana
en el viento perdido,
despieran en mi mente
recuerdo triste de dolor vehemente.
Madre, amigos, hermanos, ¿dónde estais?
¿son tal vez por vosotros esas preces
que con santo desvelo,
con fé pura y ardiente
elevan hasta el Dios del alto cielo?
Sí, por vosotros son; el alma mia
con tan lúgubres ecos se estremece:
tambien en este día
un recuerdo de amor triste os envia,
y una doliente lágrima os ofrece.
Madre del corazon, si mis acentos

llegan tal vez á penetrar tu oído,
¿por qué como otros días
no calmas amorosa mi gemido
y no enjugas mis lágrimas impías?
Mas ¡ay! es vano mi dolor profundo,
vano el afán que me desgarró el alma,
porque tu eterna calma
no turbarán los ecos de este mundo.
Y tú, pobre María,
flor agostada en tu primer mañana,
tú, que pura y hermosa
dejaste, amiga mía,
este misero suelo,
su mentida ilusión, su dicha vana,
y un asilo á buscar fuiste al cielo;
¡oh! recibe también en tu morada
un pensamiento mío,
y el suspiro que triste y angustiada
de mi oprimido corazón te envío.
¡Cuán cortos de tu plácida existencia
fueron los bellos días!
aun no hace un año de esperanza llena
al porvenir tranquila sonreías,
y ya la mano helada de la muerte
cubrió tu frente con su negro velo,
te trocó en polvo inerte,
y de tí en este suelo
dejó solo un cadáver, un recuerdo,
que horrarán los años... no te asombre,
¡tal es el triste porvenir del hombre!
¡tal su suerte, y anhela en su locura
poder, riqueza, gloria,
cuando tal vez mañana
de que existió ni aun quedará memoria!

¡Oh! si á un soplo del Dios omnipotente
los que yacen en polvo convertidos
levantasen la frente
á contemplar el mundo que habitarou;
tal vez arrepentidos
á ocultarla en el polvo tornarian,
y el lugar que ocuparon
ni á saber donde estaba acertarian.
Dormid, dormid en paz, yo velo en tanto
triste, sola, angustiada,
y á vuestra sombra amada
elevo en mi dolor amargo canto.
Dormid, que pronto, si....tal vez mañana
aquí en este lugar, solo, tranquilo,
de ese revuelto mar que llaman mundo
vendré á buscar asilo.
Dulce amiga, Maria,
y tú, madre del alma idolatrada,
conservadme un lugar á vuestro lado
en vuestra tumba fria,
y aun podré ser dichosa
cuando llegue á habitar esa morada,
del náufrago mortal, playa espaciosa.



LA PROFESION.

En la bóveda del templo
la voz del órgano suena
ya suave y melancólica,
ya dulcísima y serena;

Y cruzando el anejo espacio
al brillante empíreo llega,
y al canto de los querubes
allá en el cielo se mezcla.

Las flores mas aromadas
de la hermosa primavera,
tapizando el pavimento
su perfume al aire entregan.

La muchedumbre apiñada
humilde y contrita ruega,
y una oracion, una súplica,
todas las almas elevan.

Una jóven entre tanto
inocente, pura y bella,
como el cáliz aromado
de la púdica azucena,

Palpitando de alegría
al pié del altar se acerca,
puesto en Dios el pensamiento
y las miradas en tierra.

Ricos diamantes adornan
su brillante cabellera,
partida en flotantes rizos
sobre su frente de cera

Una corona de flores,
de su candidez emblema,
menos puras que su rostro
sobre las sienes ostenta.

Su blanca y sencilla falda
que á merced del viento ondea,
envuelve en sus anchos pliegues
su figura noble y bella.

A los umbrales del mundo
la novicia se presenta,
á darle un adios por siempre
y una mirada postrera.

Vuelve sus hermosos ojos
y allí á su lado contempla
al amor de sus amores ,
á su madre amante y tierna.

Por última vez su mano
entre las suyas estrecha,
por última vez su frente
entre lágrimas contempla.

Ya sus plantas de rodillas
la virgen trémula espera
su bendicion amorosa
y su despedida eterna.

¡Oh! ya pronuncia su boca
purísima y hechicera,
el juramento solemne
que á esposa de Dios la eleva.

Ya los coros de los ángeles
desde la azulada esfera
entonan dulces cantares,
baten las palmas escelsas.

Y los místicos amores
de la cándida doncella
en sus purísimos himnos
llenos de placer celebran,

Ya la Reina de las vírgenes
tiende su benigna diestra,
y á la nueva desposada
bendice amorosa y tierna.

¡Oh! dichosa tú mil veces
qué en tu plácida inocencia,
de este mundo despreciaste
el falso brillo y grandeza.

Dichosa tú que al dejar
de una madre la terneza,
te llamó su dulce hija
la Reina de cielo y tierra.

— —

¡Oh! llega, esposa de Cristo,
al pié de las aras llega,
y recibe esa corona
de inmaculada pureza.

— —

Que hoy en el cielo los ángeles
tu nombre á escribir se aprestan,
y á prepararte la palma
de triunfo y de gloria eterna.



LA CRUZ.

Madero misterioso,
enseña del cristiano,
árbol divino y santo
de eterna salvacion,
do el Dios Omnipotente
haciéndose mi hermano,
me dió la dulce madre
que adora el corazon.

Regado con sus lágrimas
ardientes y abrasadas,
y con la pura sangre
del hijo de su amor:
donde por vez postrera
cruzaron sus miradas,
y unidos apuraron
la copa del dolor.

Do el Dios crucificado,
al redimir el mundo,
mirando de María
el íntimo pesar,
no llores, ¡ay!, la dijo
con eco moribundo,
no llores, por tus hijos
aun tienes qué velar,

¡Oh Cruz! madero santo,
enseña vencedora,
que de un polo á otro polo
triunfante se mostró;
y siendo proclamada
del mundo la señora,
sus ínclitos guerreros
en héroes convirtió.

Que llenos de entusiasmo
lidiando por tus glorias,
de fé cristiana henchido
el noble corazon;
al par que sus batallas,
contaron sus victorias,
laureles conquistando
con santa emulacion.

Y luego que esplendente
al mundo te mostraron,
doquiera el estandarte
alzaron de la Cruz;
los hombres á su influjo
hermanos se llamaron,
y germinó la ciencia
al brillo de su luz.

Y juntos se agruparon
tus reverentes hijos,
á tu divina sombra
unidos entre sí:
teniendo de consuno
los ojos en tí fijos,
y acogiendo las máximas
que esparces junto á tí.

Su enseña y sus blasones
osados les pidieron,
al ver los demás hombres
su nueva sociedad;
y mil y mil acentos
doquiera respondieron,
tenemos la esperanza,
la fé y la caridad.

La Cruz es nuestra guia,
cristianos nos llamamos,
Maria es nuestra madre,
ampáranos su amor;
y al terminar la vida
creemos y esperamos
hallar una existencia
sin fin y sin dolor.

Tus hijos se aumentaron
de entonces cada dia;
los ídolos cayeron
del falso pedestal;
y todos reverentes
amaron á Maria,
y todos invocaron
su amparo celestial.

¡Oh Cruz! árbol divino
tu sombra protectora
cobije nuestras almas
con célico poder:
¡ay! yo beso tus gradas,
yo ofrezco desde ahora
de tus dichosas hijas
la mas sumisa ser.

Los Misioneros del p'oo.

Id en buen hora; de los anchos mares
la brillante estension cruzad en calma,
exentos de inquietud y de pesares,
con la fé y el valor dentro del alma.

Sí, Ministros de Dios, id en buen hora,
porque *El* al veros con amor sonrie,
y su mano benigna y protectora
en esa senda que empezais os guie.

¡Cuán hermosa mision! el santo nombre
del Dios que cielo y tierra reverencia,
hacer que adore y reconozca el hombre
consagrando en sus aras la existencia:

Devolverle esas almas contristadas
en el camino del error perdidas,
por la fé y el amor purificadas
y de su culpa inmensa redimidas:

Encender en el pecho del culpado
de la santa verdad la llama pura,
y hacer que llegue ante el altar bañado
en llanto de esperanza y de dulzura;

Por vez primera bendecir su frente,
salvarle del error y del abismo,
y derramar sobre su sien ardiente
las purísimas aguas del bautismo;

Y si el exceso del pesar la asombra
en esa vida do su pié camina,
darle reposo á la tranquila sombra
del árbol santo de la cruz divina:

Hacer que invoque por la vez primera,
temblando de esperanza y alegría,
lleno de santo amor y fé sincera,
á la Virgen purísima, á Maria;

Darle una madre amante y cariñosa
si en sus dolores á su amparo invoca,
y hacer que ella benigna y amorosa
hijo le llame con su dulce boca.

Y si la muerte con su negro velo
cubre sus sienes, y le da su calma;
alentar su valor, mostrarle el cielo,
y hasta los piés de Dios llevar su alma.

¡Oh qué hermosa mision! en mi delirio
seguiros ¡ay! mi corazon quisiera,
y alcanzar la corona del martirio
pura y brillante que quizá os espera.

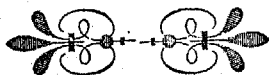
Y partir con vosotros los tormentos,
los peligros, la dulce confianza,
y unir á vuestro acento mis acentos
puesta en Dios solamente mi esperanza.

Mas ¡ay triste de mí! suerte contraria
nos dió el Señor en su bondad clemente,
y ¿qué es el ave triste y solitaria,
si se compara al águila potente?

Si al miraros partir entre suspiros
envidié de esa suerte el noble encanto,
si el alma mia ambicionó seguiros,
¡ay! quién soy yo para aspirar á tanto!

— — —

Mas vosotros partid; id en buen hora,
que Dios al veros, con amor sonrie,
y su mano benigna y protectora
en esa senda que cruzais os guie.



UNA SÚPLICA Y UNA LÁGRIMA.

Blanco y hermoso lirio
que esmalta el paraíso,
Señora á quien sumiso,
le rindo adoración:
á tí, que eres la madre
del santo amor hermoso,
lucero esplendoroso,
delicia del Señor;

A tí que eres mi Reina,
paloma solitaria,
dirijo mi plegaria
llorando ante tus piés,
yo un alma en este valle
inquieto y afanoso,
constante y amoroso
con santo afán guié,

Que en sus designios santos,
el Hacedor divino,
del mundo en el camino
su guarda me fió:
mas ¡ay! ella en un día
cruzando la existencia,
su cándida inocencia
con torpe afán manchó.

En vano, en vano quise
ya afable, ya severo,
sacarla del sendero
tan rápido del mal:
en balde fué mi súplica,
en balde mis clamores,
que siempre en sus errores
persiste mas y mas.

Yo no me atrevo ¡oh! reina
purísima del día,
al verle en la agonía
tan próximo á espirar,
á llevar estas nuevas
al Dios que tanto adoro,
por eso triste imploro
tu amparo celestial.

Si tu amor no le escuda,
si no le favorece,
esa alma que parece
perdida quedará.
Acuérdate ¡oh! Señora,
que en el Calvario triste,
por hijo le quisiste
dulcísima adoptar.

Que tú eres la esperanza
del alma combatida,
la estrella bendecida,
el iris de perdon:
estiende pues tu mano,
que el bien doquiera imprime,
estiéndela y redime
al triste pecador.

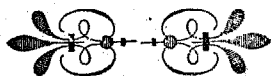
—Levanta, ángel hermoso
tan puro como el día,
de pecadores guía,
y su divina luz.
Que yo cedo á tu ruego,
y el alma que vacila,
conduciré tranquila
junto á la Santa Cruz.

Vé y cuando el hijo mio
al verla tan culpada
le tienda una mirada
de justa indignacion,
si escede á su clemencia
la culpa cometida,
los pasos que en su vida
dió ciega en el error;

A tu súplica ardiente
y compasiva y pia;
una lágrima mia,
ángel, mezcla tambien,
y dile que la madre
que amante y cariñosa,
besó su frente hermosa
y le adurmió en Belen,

Por ella le suplica
que sus rigores deje;
porque mi amor protege,
á aquel alma infeliz:
que si El con sus dolores
la redimió entre pena,
yo de amargura llena
por hija la admití.

Y no temas que entonces,
aunque justo y potente,
tu súplica ferviente
acaso olvidará;
que para que se salve
un alma en la agonía,
una lágrima mia
tan solo bastará.



QUEJAS DE MARIA.

Paloma inmaculada, madre mia,
lirio gentil, castísima azucena,
luz, donde toma luz el claro día,
sol, cuya lumbre el universo llena;
eco de inmenso amor, cuya armonía
de polo á polo sin cesar resuena,
fuente divina de la gracia emana,
flor de la santa religión cristiana.

¿Qué tienes, di, bellísima Señora?
¿qué tienes, dulce amor de los amores,
que una lágrima miro abrasadora
rodar por tus mejillas sin colores?
¿qué profundo pesar en esta hora
torna mística á la Reina de las flores?
Tú, que inundas el cielo de alegría,
¿por qué tan triste estás, dulce María?

¿Es porque el hijo que habitó en tu seno
y era la dicha de tu casta vida,
hoy viene á darte de pesares lleno
el tristicimo adios de despedida?
¿Es que en su rostro pálido y sereno
brotó de sangre un mar por cada herida,
y la ancha copa del dolor profundo
su labio apura por salvar al mundo?

¿Es, pobre madre, que al buscar ansiosa
su postrimera y última mirada
ves en tu pena, que su frente hermosa
se inclina al peso de la muerte helada,
y en hora tan solemne y angustiosa,
de tanto y tanto padecer cercada,
aumenta tu martirio y tu agonía
que al morir no te ha dicho «*Madre mía?*»

Di, ¿por qué lloras Tú, blanca paloma,
pelcano gentil de los amores,
que á la cándida flor prestas aroma
y al iris sus bellisimos colores?
Tú, de quien su pureza el ángel toma,
y toma el niveo querubin fulgores,
en tan amargo y afanoso duelo
¿lloras tu soledad, rosa del cielo?

Mas ya la causa sé, dulce amor mio,
de ese llanto que anega tus mejillas,
cual la perdida gota del rocío
va esmaltando las flores amarillas:
sí, ya comprendo tu dolor impio:
de rodillas, España, de rodillas:
que hoy la que el cielo por su reina adora
el triste olvido de sus hijos llora.

¡Oh! ¿no escuchais su acento mas suave
que del fragante nardo la ambrosia,
mas que la voz dulcísima del ave
su amor cantando en la arboleda umbria?
Nada en el universo imitar sabe
el amoroso acento de Maria,
cuando brotando en su pupila el lloro
de su infinito amor abre el tesoro.

«Hijos del corazon, dice en su pena,
¿por qué olvidais mis cándidos amores?
oh! ¿no soy yo la que de afecto llena
calmó con su bondad vuestros dolores?
¿Mi voz, mi solo aliento no serena
de la brava tormenta los furores,
cuando el hombre me llama en sus pesares,
fúlgida estrella de los verdes mares?

¿No soy en quien las madres depositan
las lágrimas primeras de sus hijos,
cuando orgullosas de placer se agitan
al tener en su faz los ojos fijos?
¿No es à mi amante anhelo á quien imitan
en los cuidados del amor prolijos,
y si están de su lado separadas,
no me ruegan que guie sus pisadas?

¿No es mi mano benigna quien sostiene
del frágil niño el paso vacilante,
cuando por vez primera acaso viene
buscando el beso de su madre amante?
Oh! sí; solo mi brazo le detiene
del peligro mayor en el instante,
cuando una madre mi favor reclama,
y Reina de los Angeles me llama.

Yo soy quien á la vírgen pudorosa
presto encanto mayor, nueva belleza,
si adorna con amor su sien de rosa
con mi blanca corona de pureza:
yo soy tambien de quien la casta esposa
toma encantos, virtudes y terneza,
cuando cubre su frente nacarada
con el velo gentil de desposada.

Yo soy madre del huérfano que llora,
á mi amparo recurre el desgraciado,
y yo estiendo mi mano protectora
sobre el justo feliz, sobre el culpado.
En mí la paz divina se atesora;
yo soy la madre del amor sagrado,
yo soy consuelo y esperanza y calma,
yo soy la cierta salvacion del alma.

Mas ¡ay! Yo soy tambien la que ultrajaron,
y mi eterna pureza escarnecieron,
de mi doliente llanto se burlaron
y oscurecer mi brillo pretendieron:
mis hijos de su madre se apartaron,
de mi amoroso corazon huyeron,
y yo al ver su maldad, su torpe dolo,
llanto á mares vertí por ellos solo,

Por ellos solo, sí; que aunque ultrajada,
arde en mi seno de su amor el fuego,
y ante el trono de Dios arrodillada
por su perdon en mi ternura llevo:
con el alma por ellos traspasada,
hoy porque olviden sus errores ruego,
y aunque mi ardiente empeño no les cuadre,
si mis hijos no son, yo soy su Madre.

Oh! venid pues á mí, que el alma mia
ansiendo bendeciros os espera:
si pronunciáis el nombre de Maria
una vez nada mas con fé sincera,
llenareis á los cielos de alegría,
el ancho mundo, la creacion entera:
venid, que á Dios y al hombre yo eslabono,
y os dirá por mi amor, «*Id, yo os perdono.*»

Virgen, gloria del cielo, luz del mundo,
¿quién escuchando tus palabras santas
estremecido de placer profundo
no correrá á morir ante tus plantas?
Yo en tí mi amor y mi esperanza fundo,
que tu hasta Dios mi espíritu levantas;
yo te amo y te bendigo, Madre mia;
cielos y tierra y mar, ¡*Gloria á Maria!*



ROMANCE.

Aura que entre las flores
del prado purpurinas
robándolas perfumes
te aduermes escondida:

¿Qué dices cuando muere
la luz del claro día?
¿qué dices cuando luce
la estrella matutina?

¿Qué espresa con sus trinos
de dulce melodía,
el ruiseñor amante
que allá en el bosque anida?

¿Qué murmura el arroyo
que en ondas cristalinas
besa humilde las flores
y el prado fertiliza?

¿Las rosas que su cáliz
abrieron con el día,
cuando sus hojas mece,
qué dicen á la brisa?

La cándida paloma
que allá en la selva umbría
recibe de su amado
las tímidas caricias,

¿Qué espresa en los arrullos,
que al viento acaso envía,
al despuntar la aurora
ó cuando el sol declina?

¿Qué dicen esas nubes
que errantes peregrinas
cruzando el firmamento
tristísimas caminan?

¿Qué de los verdes mares
las olas, cuando altivas
blanquísimas espumas
arrojan á la orilla?

— — —

Mas ¡ay! que ya comprendo
la plegaria divina,
que la creacion entera
repite en su armonía:

— — —

Pues todo cuanto en ella
recibe ser y vida
bendice la pureza
de la vírgen Maria.



POESIA

en justo desagravio de nuestra
sacrosanta Religión.

¿Adónde vas sin freno y sin egida,
noble y fuerte Matrona desolada?
¿Adónde, adónde, di, patria querida,
por el genio del mal vas impulsada?
Adónde, di, cual nave combatida
en alta mar por la tormenta airada,
te lanzas sin temor y sin pesares
entre fieras borrascas populares?

¡Ay de tí, de tus hijos y tu gloria,
noble madre de Cides y Guzmanes,
si las páginas bellas de tu historia
se manchan con maldades y desmanes!
Si oscurecen el nombre y la memoria,
conquistados con sangre y con afanes,
el error, la impiedad y la anarquía,
¡ay de tu porvenir, España mía!!

¡Oh! no es extraño pues que yo no entienda
por qué se agita el pueblo y el Estado,
ni quien lleva razón en la contienda
definir con verdad me sea dado:
muy distinta es á fé la estrecha senda
que á la débil mujer Dios ha marcado,
pues de su vida en la tranquila calma
solo de paz y amor llenó su alma.

Nada, nada sé pues; y así en buen hora
disputaos el poder, necios partidos,
mientras el pueblo desolado llora
sus cortos bienes y su paz perdidos:
vuestra mano fatal y asoladora
deje nuestros hogares destruidos,
pero á lo menos vuestra torpe ciencia
respete nuestro Dios, nuestra conciencia.

Porque, sabedlo pues; nuestra fé es una,
y en vano los que así no lo comprenden,
doctrinas verterán en la tribuna
que á Dios atacan y á su madre ofenden;
pues sus falsas palabras por fortuna,
si á la impiedad y á la anarquía tienden,
el eco no han de hallar de una voz sola
donde aliente por Dios gente española;

Que arriesgando gozosa su existencia,
el guante de la guerra, audaz, potente,
con la fé y el valor en la conciencia
esta nacion les lanzará á la frente;
pues su culto, su Dios y su creencia,
que profanen dejar impunemente,
accion fuera en verdad por vida mia,
cobarde y torpe y desleal é impia.

Mas no será, que cual en noche oscura
mil nubes cubren el azul del cielo,
formadas solo por la niebla impura
que alza en vapores de humedad el suelo.
y que al brillar del sol la lumbré pura,
hecho girones su delgado velo,
cruzan veloces la estension vacia
y huyen dejando su esplendor al dia;

Así uno y otro diferente bando
plegarán noblemente su bandera,
sus ya pasados odios olvidando,
su antigua enemistad, su saña fiera;
y el peardon de la cruz tan solo alzando,
su voz uniendo, clamarán do quiera:
«Si el mundo nos ha visto divididos,
ante la fé y la cruz ya no hay partidos.»

Y por la Religion de sus mayores
lucharán con arrojo denodado;
y entonces ¡ay! de los que así traidores
empañar su fulgor han intentado:
¡ay de ellos...! ¡ay...! del pueblo los furores
sobre su sola frente han evocado...
Ya el huracan por estallar pelea,
ya el rayo que ha de herirlos centellea.

Católicos, á mí: nos toca en suma
hoy una causa defender sagrada;
vates ilustres, aprestad la pluma,
nobles guerreros, empuñad la espada:
si ya el sufrir vuestra razon abruma,
formad por nuestro Dios una cruzada:
damas, de España ornato y alegría,
defendamos nosotras á Maria.

Que no será español ni buen cristiano
el que esquive la lid torpe ó cobarde,
ó al que de miedo vil tiemble la mano
al ir á hacer de su creencia alarde;
dejad la incertidumbre, el temor vano...
mañana acaso llegaremos tarde;
y hoy la que el cielo por su reina aclama,
hijos del Cid, en su defensa os llama.

Españoles, oid: Europa entera
hoy fija en nuestro suelo la mirada;
nuestra historia brillante por doquiera
¿le mostraremos sin rubor manchada?
Manchada, sí, que eterno borron fuera
de nuestra fiel generacion pasada,
olvidar los ejemplos, la creencia,
gérmen de paz, de bien é independencia.

No, no son hijos de la patria mia
los que difunden impiedad y errores,
que esta nacion, do impera la hidalguia,
no produce ni ateos ni traidores.
Lejos de ella el que intente en su osadia
apostatar así de sus mayores,
y toda secta ó religion estraña,
¡oh! fuera, fuera de la noble España.

Tremolad pues de guerra los pendones
y contra tal idea protestemos:
si entre el rudo tronar de los cañones
vidas y haciendas á la par perdemos,
¿qué importa si cual timbre á sus blasones
al morir con orgullo dejaremos,
en Dios teniendo nuestros ojos fijos,
la palma del martirio á nuestros hijos?

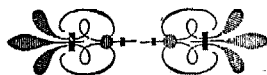
Mas ¡qué dije! ¿Por qué, por qué un instante
dudé que nuestra fuese la victoria?
Nuestra causa es de Dios... ¡Sus! y adelante
que obtendremos el lauro de la gloria.
El, que rige en su trono de diamante
de cien naciones la revuelta historia,
no dejará que ante su nombre eterno
prevalezcan las puertas del infierno.

No, no es posible; con su amparo santo
hoy levantamos nuestra voz potente:
yo de la fé bajo el sagrado manto
alentare vuestro entusiasmo ardiente;
pobre y frágil mujer me atrevo á tanto,
latiendo el corazon y alta la frente,
que no existe impiedad ni torpe miedo
en la patria inmortal de Recaredo.

Asi, aunque débil, al pulsar la lira,
es eco nacional mi pobre acento,
que hoy á mi humilde voz solo le inspira
de santa Religion el sentimiento.
Para luchar contra la audaz mentira
me sobran el valor y el ardimiento,
y esclamo con el fuego en que me abraso:
«¡Hija soy de la Cruz; ateos, paso!»

Yo protesto á la faz del ancho mundo
contra el que á Dios ofenda ó á Maria,
contra el que deje en su estupor profundo
que ultrajen del empíreo la alegría:
sacrilegio tan torpe y tan inmundo
á castigar corranios á porfia:
apresuraos... volad, que ya os contemplo...
y una débil mujer os da el ejemplo.

Regeneracion 6 de junio de 1856.



La flor de la inocencia.

Eres hermosa, niña;
tu frente pura y blanca
envidia causaría
al trasparente nácar;

Tus ojos de paloma,
tus labios de escarlata,
tu fina cabellera
en ondas mil rizada;

Las rosas purpurinas
que tu mejilla esmaltan,
á un ángel te asemejan,
mi tierna y dulce hermana.

Pero ¡ay! esa belleza
tan fresca y envidiada,
tu juvenil encanto
y tu modesta gracia;

Las rosas de tu frente,
tu cándida mirada,
verás que sin hechizos
se quedarán mañana.

Los años, hija mía,
con mano despiadada,
destruyen el encanto
y la hermosura matan.

Pero hay una flor sola
que bella y nacarada,
la frente de las niñas
purísima engalana.

Flor que no se marchita,
ni pierde su fragancia,
flor que no deja nunca
el tiempo deshojada,

Ella vierte su aroma
sobre tu frente casta,
ella luce en tu risa
y brilla en tu mirada;

Porque esa flor preciosa,
rica en color y gala,
es la dulce inocencia
que abrigas en tu alma.

Consérvala por siempre,
hermosa, inmaculada,
y ella de nuestro padre
perfumará las canas.

Consérvala, hija mía,
que la Virgen sagrada,
las niñas inocentes
proteje, escuda y ama.

A MI MADRE.

Flor agostada en tu primer mañana,
pobre violeta que brotó en el suelo,
y que pura y bellísima y galana
llevó consigo su perfume al cielo.
Ave feliz, que la existencia vana
dejó elevando hasta el cenit su vuelo,
madre del alma mía, aunque perdida
luz que preside mi tranquila vida.

Tú, que en tu blando seno me adormiste,
tú, que arrullaste mi inocente sueño,
y mi primera lágrima bebiste
con dulce amor y maternal empeño;
que los primeros besos imprimiste
en mi semblante cándido y risueño,
antes de que mi voz por vez primera
de madre el nombre celestial te diera.

Tú, que á mi débil labio le enseñaste
á bendecir la religion sagrada,
y que á mi jóven alma le inspiraste
su amor para Maria inmaculada;
tal vez en tu dolor adivinaste
que rozaba tu sien la muerte helada,
y en el último afán de tus amores
me enseñaste á invocarla en mis dolores.

Tal vez adivinaste que el destino
me guardaba fatal horas de duelo,
pues secó de mi vida en el camino
la clara fuente del materno anhelo:
de ese amor infinito, amor divino,
cuyo gérmen primero esta en el cielo,
y que de Dios inspiracion recibe
porque en el alma de su madre vive.

¡Oh! dime, dime tú, si ese reposo
mi amargo llanto perturbó algun día;
si el sueño de las tumbas silencioso
cruzó el suspiro de la queja mia;
¿tu corazon ardiente y amoroso
se estremeció bajo tu losa fria,
cuando en medio del mal que me cercaba
con un grito del alma te llamaba?

¿Eras tú, di, quien en la noche oscura
tierna y amante acarició mi frente,
y sueños de suavísima dulzura
hizo cruzar por mi abrasada mente?
Cuando la brisa celestial y pura
meció los rizos de mi sien ardiente,
sus auras empapadas de delicias
¿eran, dime, tu beso y tus caricias?.

¡Oh! sin duda que sí: siempre á mi lado
inquieta adivinabas mis dolores,
que aun mas allá de su sepulcro helado
llevan las pobres madres sus amores:
pues ese instinto casto, inmaculado,
puro como el aroma de las flores,
lleno de paz y de suave calma,
no está en el corazon, vive en el alma.

Vive en el alma, sí: tambien la mia
de tu inefable amor guardó el encanto,
y no pasó de mi existencia un dia
que no legara á tu memoria llanto;
siempre en mis horas de ilusion te via,
siempre invoqué tu nombre en mi quebranto,
siempre en mi sueño de anhelada gloria
mezclaba, pobre madre, tu memoria.

Cuando á la rosa de Sion bendita
como á madre purísima invocaba,
en la dulce ilusion que al alma agita
los dulces nombres de las dos mezclaba:
y calma celestial, paz infinita,
mi inquieto y débil corazon llenaba,
cuando al juzgarme sola en mi desvelo
dos madres me amparaban desde el cielo.

¡Oh! gracias, madre mia: tú en mi seno
la pura llama de la fé encendiste,
y un ancho campo de consuelo lleno
junto á la santa religion me abriste;
tú en mi inocente corazon sereno
paso al amor y á la esperanza diste,
y el porvenir de flores me sembraste
cuando de Dios el nombre me enseñaste.

Hoy que la luz de la razon me guia,
y al pisar el umbral de la existencia
llena de fé levanto la voz mia
para ensalzar mi Dios y mi creencia;
si una doliente lágrima te envia
el alma de su pena en la influencia,
sé que la lleva envuelta en mis plagarias
el ángel de las tumbas solitarias.

Sé que los ecos del cristiano acento,
que el labio mío en su anhelar modula,
entre los giros del suave viento
de tu sepulcro en derredor circula:
que aun halaga tu errante pensamiento
y tu materno corazón adula,
por que dirás en tu sombría calma
«aun recuerda mi amor, hija del alma.»

— — —

Sí, lo recuerdo, sí, madre querida;
siempre en mi corazón tranquilo mora,
y pues tu dulce amor me dió la vida,
escucha el ruego que te envío ahora.
A la Reina del cielo bendecida
dí que mi alma su pureza adora,
y pon ante su planta soberana
mi humilde don, mi inspiración cristiana.

— — —

Que si tú se lo ofreces, si tu anhelo
lo coloca en su mano omnipotente,
ella dulce y benigna desde el cielo
con santo amor bendecirá mi frente;
y no lo dudes, no, por tu desvelo
lo acogerá con su bondad clemente,
que las madres se entienden, y María
cual lo eres tú también, es madre mía.

— — —

CONCLUSION.

Omnipotente Dios, Dios de los buenos,
que en tu trono inmortal sabio presides
cielos y mundos de tu gloria llenos,
y las acciones de los hombres mides;
Tú, que del mar los insondables senos
con solo un eco de tu voz divides,
y cuya voluntad en sus misterios
derriba tronos ó levanta imperios.

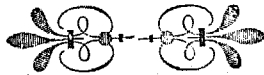
Estiende tu mirada omnipotente
sobre aquesta nacion, que fuera un dia
emporio de poder, fuerte, potente,
espejo de valor y de hidalguia;
á donde el sol espléndido y ardiente
desde la aurora hasta el ocaso via,
reflejar de los mares en las olas
las gloriosas banderas españolas.

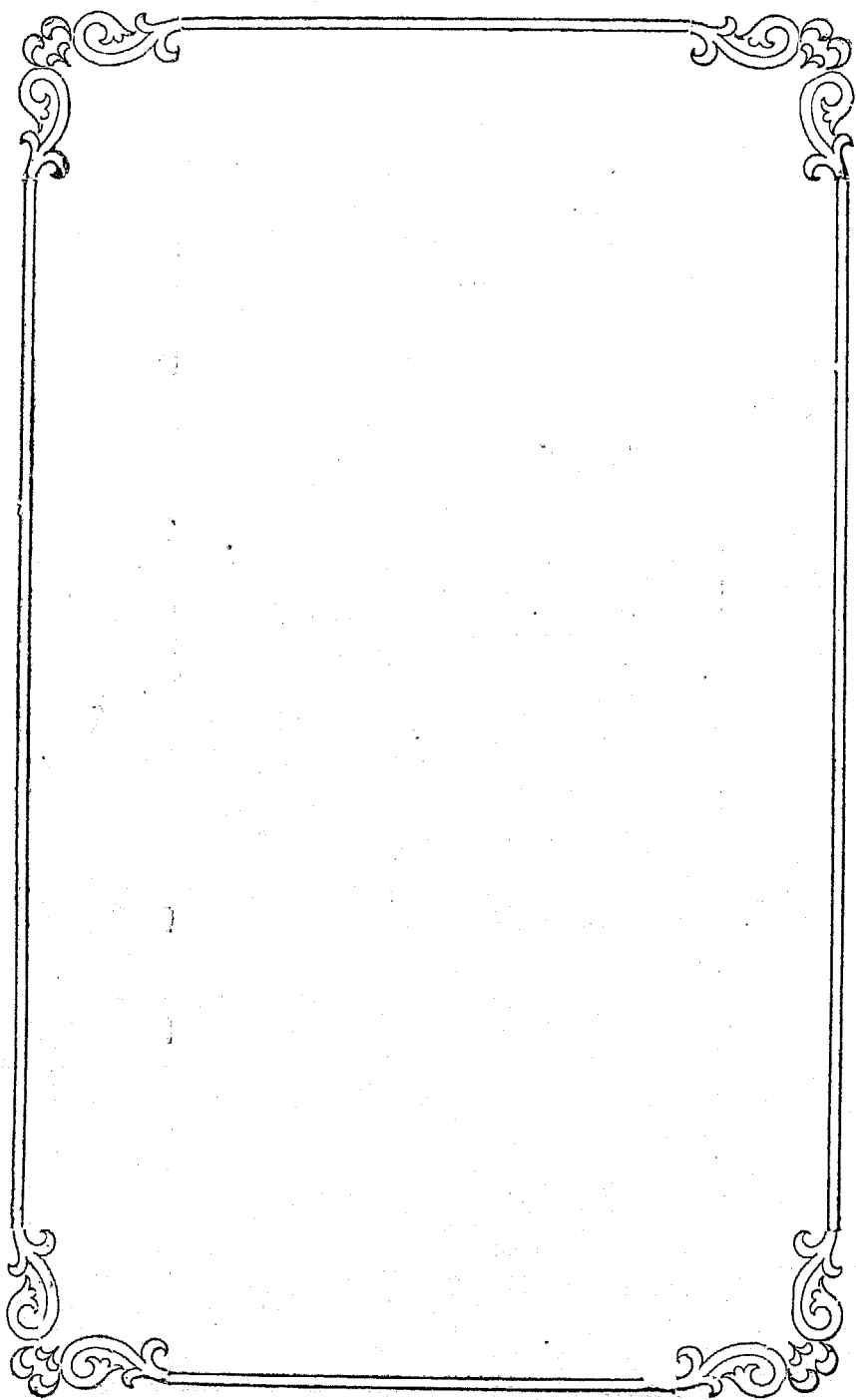
La bandera española do mil veces
se ostentara, Señor, tu cruz radiante,
sin temer del destino los reveses
porque siempre por ti se alzó brillante:
que ora en la brava lid su enseña fuese
ya el nombre invicto de su rey triunfante,
al tremolarla osado el castellano,
siempre invocó tu amparo soberano.

Y siempre Tú, Señor, desde tu asiento
mi España con tu luz iluminaste,
y del alto y sereno firmamento
siempre por ella con amor velaste,
con el soplo divino de tu aliento
el laurel de su gloria fecundaste,
y mil veces tu Madre sacrosanta
la hizo escabel de su divina planta.

Mírala pues, Señor: con amargura
hoy á ti vuelve sus cansados ojos,
ajada y deslucida su hermosura,
sus flores convertidas en abrojos:
si en un instante de fatal locura
provocó tus justísimos enojos,
demuéstrale, Señor, tu omnipotencia,
que es mayor que su crimen tu clemencia.

La clara antorcha de la fé sagrada
su cielo azul purísimo ilumine,
y de tu escelsa y eternal morada
tu amparo celestial la patrocine;
si en su senda de glorias tapizada
hace el averno que el error germine,
Señor, Señor, tu proteccion la ayude
y tu infinito amor, su fé la escude.





INDICE.

Dedicatoria..	17
Introduccion..	19
Inspiracion..	22
La Religion..	27
Fé.	32
Esperanza.	35
Caridad	38
Jesús dormido.	41
Oda al Sacramento	44
A la Virgen Maria en la declaracion dogmática de su Purísima Concepcion	51
El primer beso..	57
Muerte del justo.	65
Muerte del culpado..	66
En el album de una niña..	69
Meditacion en el cementerio.	70
Canto sáfico.	73
Dios.	75
La pastora.	79
La oracion en el templo.	82
Plegaria y bendicion..	86
La muerte de un niño.	90
Jesús en la Cruz.	93
Un ángel á un alma..	96
Tercera palabra.	99
El Angel de la Guarda.	104

Las doce.	107
El nacimiento de Jesus.	111
El mendigo.	114
Un espósito.	119
Su Angel Custodio.	122
El nardo.	125
A la Purísima Concepcion de Maria, en la fun- cion que dedicó á la misma la Real Maes- tranza de Granada.	129
A una hermana de la Caridad.	135
Tempestad y calma.	140
Al porvenir.	144
En la tumba de mi amiga Maria.	149
Canto á la Virgen; imitacion del Te-Deum. . .	151
Un recuerdo.	156
En la festividad del Corpus-Cristi.	159
Salmos de David; imitacion.	161
Imitacion del salmo 50.	165
La voz del alma.	169
Una violeta.	172
Magnificat.	175
Dos de noviembre.	178
La profesion.	181
La Cruz.	184
Los Misioneros del Poó.	188
Una súplica y una lágrima.	194
Quejas de Maria.	199
Romance.	205
Poesía en justo desagravio de nuestra sacro- santa Religion.	208
La flor de la inocencia.	215
A mi madre.	218
Conclusion.	225

LISTA
DE
LOS SEÑORES SUSCRITORES.

*Número
de
ejemplares.*

Astorga.

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo. 6

Almeria.

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo. 1

Alora.

D. Miguel Artucho, arcipreste. 1

Archidona.

D. Antonio Conejo Cano.	1
D. Andrés Cano y Gimenez, presbítero.	1
D. Casimiro Serrano, presbítero.	6
D. Juan de Martín y Cárdenas, arcipreste.	1
D. José Urbano, presbítero.	1
D. Manuel de Lara y García.	1
D. Manuel Palomero y Cea, presbítero.	1

Alqueria de Adra.

D. Antonio Guardiola y Molina, cura de id. 1

Antequera.

D. Antonio Cabrera.	1
D. Francisco Alarcon y Almoalla.	2
D. Francisco Asis de Morales.	1
D. José Rodriguez Moreno.	1

Alhama.

D. José María Morales, arcipreste.	1
D. Mariano Puerta y Robledo, presbítero.	1
D. Salvador Sanchez Carrillo.	4

Badajoz.

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo.	3
D. Angel Saenz de Valluerca, rector del Seminario conciliar.	1
D. Benigno Crespo, arcedianio.	1
Dr. Fr. José Valiño, secretario de cámara de S. E. I.	1
Ldo. D. Joaquin Quiroga, fiscal de la diócesis.	1
D. José María Cuesta.	3
D. José Gonzalez Torres, canónigo.	1
Ldo. D. Manuel de Obesso, provisor y vicario general.	1
Ldo. D. Miguel Calabria, dean.	1
D. Fr. Serafin Pina, misionero.	1
El Seminario de San Aton.	1
D. Vicente Agustin Pardo, vice-rector.	1

Barbastro.

D. Agapito Llanas.	1
Reverendo P. Fr. Andrés de San Jorge.	1
D. ^a Concepcion Puyol.	1
Mossen Juan Nogués, presbítero.	1
D. ^a Luisa Bielsa.	1
Mossen Pancraccio Lafita, regente cura de San Hipólito.	4

Baza.

D. Francisco Molina y Aguilar, cura de la Iglesia Mayor.	1
--	---

Baltanas.

D. Antonio Velez.	1
D. Bonifacio Garcia, presbítero.	1
D. Enrique Manovel y Prida, arcipreste.	6
D. Eugenio Sanz.	1
D. Venancio Cantero.	1

Bacares.

D. Miguel Perez Simon, cura de id.	1
------------------------------------	---

Cartagena.

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo.	12
----------------------------	----

Ciudad Rodrigo.

D. Vicente Higuera y Arrué, Gobernador eclesiástico.	1
--	---

Córdoba.

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo.	1
----------------------------	---

Caspe.

D. Ignacio Zaporta, arcipreste.	1
D. Joaquin Barberan.	1
D. Lino Zaporta.	1
D. Pedro Joaquin Repollis.	1
D. Sebastian Velilla.	1

Canarias.

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo.	12
D. Antonio de la Puerta y Pinedo.	2
D. José Urquía.	24
D. José Gutierrez, presbítero.	2
D. Juan María Gonzalez.	5
D. Juan Montes de Vea.	5

Daymiel.

D. Vicente Vargas, arcipreste.	1
--------------------------------	---

Enguera.

D. Francisco Sanjuan, arcipreste.	1
D. Vicente Gallac, cura ecónomo de Bol- baite.	1

Granada.

Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo.	5
D. ^a Ana Burdeos.	1
D. ^a Ana Ferrer del Campo.	1
D. ^a Amalia Ruiz de Perez.	1
D. Agustin Martin Montijano.	1
D. Antonio Navarro.	1
D. Antonio Hidalgo.	1
D. Antonio Lora.	1
D. Antonio Buendia Lopez.	1
D. Antonio Parejo del Valle.	1
D. Antonio Coca.	1
D. Antonio Blanco.	1
D. Angel Sierra.	1
D. Andrés Iglesias.	2
D. Antonio Rodriguez.	1
D. Antonio Maria Gonzalez.	1
D. Buenaventura Sanchez.	1
D. Blas Padial, cura de Itrabo.	1
D. Bernabé Ruiz.	1
D. Bernardo Prieto.	1

D. Bernardo Góngora.	1
D. Bernardo Diaz Alfonsea.	1
D. Cristóbal Lopez Lillo, presbítero.	1
D. Francisco Perez Ruiz.	1
D. Fernando Avalos.	1
D. Francisco Fernandez Cañete.	1
D. Fermin Marco.	1
D. Félix Entrala y Padilla.	1
D. Felipe Muros.	1
D. Francisco de Paula Fauste.	1
D. Francisco Velez Martos.	1
D. Fernando Gonzalez, canónigo.	1
D. Francisco Herreros, presbítero.	1
D. Francisco de Paula Novel.	1
D. Francisco Moreno y Ordoñez, presbítero.	1
D. Isabel Blanco.	2
D. Inocencio Madam.	2
D. Ignacio Escobar.	1
D. Ildefonso Mendoza.	1
D. José Villalon.	1
D. Juan de Dios Molina.	1
D. José Rubio Santos.	1
D. Juan Lopez.	1
D. Julian Cantero y Medina.	1
D. José Lopez.	1
D. Juan de Mata Santaella.	1
D. Joaquin Casasola.	1
D. Jacinto Perez del Valle.	3
D. José Frágenas.	1
D. José Argüelles Brum.	1
D. José Mendoza Jordan.	1
D. José Salvador de Salvador.	1
D. José Maria Zamora.	1
D. José Maria Perez, arcipreste.	1
D. José Antonio Calisalvo,	1
D. José Soriano.	1
D. José Maria de Echavarri, coronel retirado.	1
D. José Sanchez Zapata, capellan_real.	1
D. Juan Facundo Riaño.	1
D. José Martinez Torregrosa.	1
D. Juan de Dios Padilla.	1

D. Juan Hurtado, cura de Peligros.	1
D. José Rebollo, presbítero.	1
D. José Maria Luque.	1
D. Juan Calvo, presbítero.	1
D. ^o Luisa Burgos Rojas.	1
D. ^a Lucia Ortega de Rejoy.	1
D. Lorenzo Cuesta.	1
D. Luis Castaño.	1
D. Luis Medialdea.	1
D. Luciano Campos.	1
D. Luis Carmona, presbítero.	1
D. Lázaro Cuellar Perez, presbítero.	6
D. ^a Maria Josefa Rufete y Ferrer.	1
D. Miguel Guevara.	1
D. Manuel Lirola Callejon.	1
D. Manuel Guardia, presbítero.	1
D. Manuel Perez Curiel.	1
D. Miguel Pertíñez.	1
D. Miguel Santaella.	1
D. Manuel Sanchez.	1
D. Mariano España y Serrano.	1
D. Miguel Antelo.	1
D. Manuel Diaz de la Rosa.	1
D. Nicolás Amador.	1
D. Nicolás Velazquez.	1
D. ^a Nicanora Huete de Rojas.	1
D. ^a Nicolasa Alcantuf,	1
D. ^a Nicolasa Godoy de Zuloaga.	1
D. Noberto Venitoa.	1
D. Narciso Corona y Ruiz.	1
D. Nicasio Figueroa.	1
D. Nicolás de Castro.	1
D. ^a Pilar Garcia de Cuesta.	1
D. ^a Petronila Campos.	1
D. Pedro Montero.	1
D. Ramon Benitez.	2
D. Romualdo Aguirre, presbítero.	1
D. Rafael Lachica.	1
D. Rafael Calvo Perez.	1
D. Ruperto Ramirez Zapata.	1
D. Ricardo Vargas.	1
D. Ramon Medina.	1

D. Raimundo Reyes Garcia.	1
D. Rafael Montero.	1
D. Salvador Quevedo.	2
D. Santiago Calle.	1
D. Salvador Gutierrez.	2
D. Sebastian Godoy y Godoy.	1
D. Sebastian Perales.	1
D. Salustiano Muñoz.	1
D. Santiago Garcia Lopez.	1
D. ^a Teresa Ortega.	1
D. Torcuato Robles.	4
D. Teodoro Aguirre.	1
D. Victoriano Caro, secretario de S. E. I.	1
D. Vicente Daza.	1
D. Vicente Antonio Valluguera.	1

Gerona.

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo.	100
----------------------------	-----

Gualchos.

D. Agustin Fernandez Cabezas, cura de id.	1
D. Antonio Martinez.	1
D. Juan Ruiz Olvera, presbitero.	1
D. Miguel Gutierrez Lirola.	1
D. Miguel de Cruz Galindo.	1

Chinchon.

Dr. D. Miguel de Llanas, arcipreste.	1
--------------------------------------	---

Jaen.

D. ^o Concepcion Sagrista.	1
D. ^a Maria Josefa Garcia de Peña.	1
D. Manuel Sagrista.	1
D. Manuel Góngora.	10
D. Mateo Candalija.	1

Leon.

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo. 20

Linares.

D. ^a Ana Maria Castroverde.	1
D. ^a Florencia Alvarez.	1
D. José Eulogio Muñoz.	1
D. Juan Manuel Garrido Sanchez.	1

La Calahorra.

D. Francisco de Paula Adame, cura de id.	2
D. ^a Fernanda Ruiz Borja.	1
D. ^a Maria Joaquina Carrasco.	1
D. ^a Mariá Encarnacion Góngora.	1

Lucena.

D. José Maria Morales. 8

Llerena.

D. Antonio Benigno Cordon, cura de id. 1

Madrid.

D. Antonio Garcia de Guevara.	2
D. Antonio Salcedo.	1
D. Bernardo Sanchez.	1
D. Cipriano Moro.	6
D. Francisco Valdivia y Mora.	1
D. Fernando Morales.	1
D. José Canga Argüelles.	1
D. Jinés Salmeron.	1
D. ^a Maria del Pilar Sinués de Marco.	1
D. ^a Mariana Aguilera.	1
D. Miguel Montalvo Garcia.	1
D. Manuel Gimenez Cánova.	1
D. Salvador Andreu Dampierre.	1

D. Seferino Frágenas.	1
D. Simon de Muros.	1
D. Venancio Cantero.	1

Menorca.

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo.	1
D. Camilo Mogon, canónigo.	1
D. José Márquez, arcipreste.	1
D. José Sanchez Rubio.	2
D. José Sanchez Pineda.	2
D. Maximiano Angel, secretario doctoral.	1
D. Niceto Terrones, chantre.	1
D. Vicente Papelendi.	1

Navalcarnero.

D. Antonio Santos Garcia.	1
D. Felipe Medialdea.	1
D. José Alvarez del Manzano.	1
D. Miguel Muñoz Zuloaga.	1
D. ^a Manuela Molina.	1
D. ^a Ramona Rubio Perez.	1
D. Pedro Moreno.	1
D. Inocencio Trigueros.	1

Osma.

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo.	6
D. Antonio Basilio Abad, canónigo.	1
D. Benito Garcia, canónigo y mayordomo de S. E. I.	1
D. Carlos Rodriguez Tierno, pro-secretario de S. E. I.	1
D. Casimiro Ballesteros, director del Seminario conciliar.	
D. Domingo Alameda, familiar de S. E. I.	1
D. Donato Carro, canónigo lectoral.	1
D. Eusebio Campuzano, dean.	1
D. Francisco Castaño, canónigo y secretario capitular.	1

D. José Anselmo Villar, canónigo penitenciaro y rector del Seminario conciliar.	1
D. Luis Alvarez Ron, chantre de la de Penaranda y provisor de S. E. I.	1
D. Mauro Nieto, capellan.	2
D. Norberto Ortega, catedrático y vicerector del Seminario conciliar.	1
Ldo. D. Pablo Gil, canónigo.	1
D. Pedro Peña, catedrático.	1
D. Salvador Martín, canónigo y secretario de cámara de S. E. I.	1
D. Santiago Terrero, canónigo.	1
D. Torcuato Santa Olalla, fiscal del Tribunal Eclesiástico.	1

Riogordo.

D. Antonio Maria de Morales.	1
D. José de Navas.	1
D. Juan Sanchez Molina.	3
D. Miguel Guerrero.	1

Santiago.

Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo.	12
D. Fernando Blauco, secretario de S. E. I.	1

Seron.

D. José Manuel Cañabate, cura de id.	1
--------------------------------------	---

Tarazona.

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo.	1
D. ^a Ana Higuera.	1
D. Alejandro Iglesias, dignidad de arcipreste.	1
D. Andrés Morales.	1
D. ^o Concepcion Reverter.	1
D. Elias Martínez, canónigo.	1
D. Joaquin Aliaga, cura de Fitero.	1

Ldo. D. Juan Bozal, fiscal eclesiástico.	1
D. ^a Maria Iturria.	1
D. Miguel Perez, cura de Monteagudo.	1
D. ^a Prudencia Led.	1
D. ^a Paula Calabria.	1
D. Ramon Madam, secretario de S. E. ^a I.	1
D. Tomás Marin, canónigo.	1
D. Timoteo Hernandez, cura párroco de Perujosa.	1

Urgel.

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo.	4
----------------------------	---

Valladolid.

D. Antonio Maria Doz.	1
D. Antonio Quintana cura de S. Martin,	1
D. Francisco del Beito, Gobernador.	1
D. Hermenegildo Mata.	1
D. Matias Torres.	1
D. Ildefonso Almazan.	1

Vigo.

D. Eduardo Bustillo Perez.	6
D. José Maria Menendez de la Pola.	1
Sra. Marquesa de Gastañaga.	1
Sra. Marquesa de Camposagrado.	1
D. ^a Manuela Vereterra.	1

Zamora.

D. Juan Claudio Denis.	2
D. José Maria Serrano.	4
